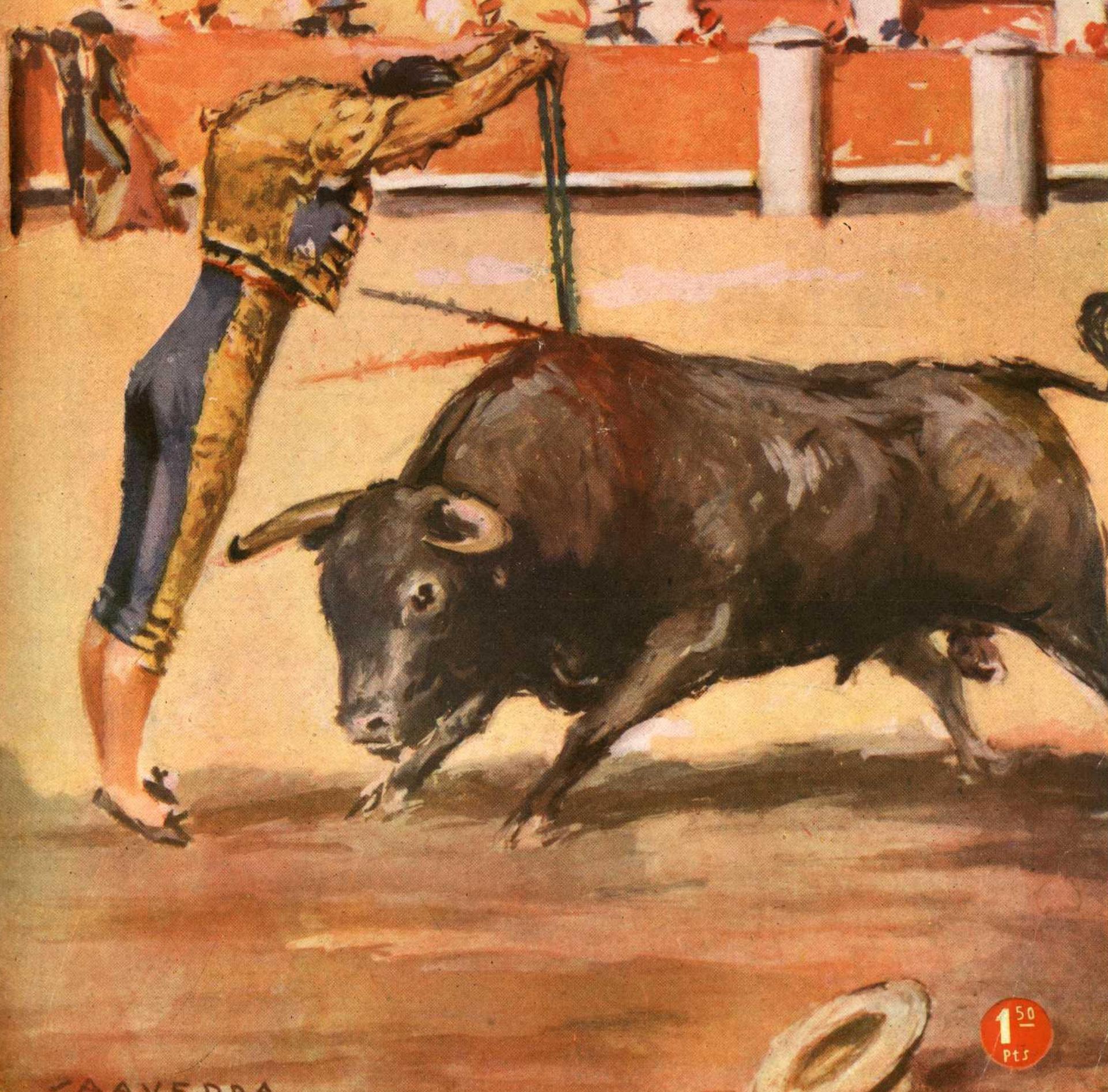


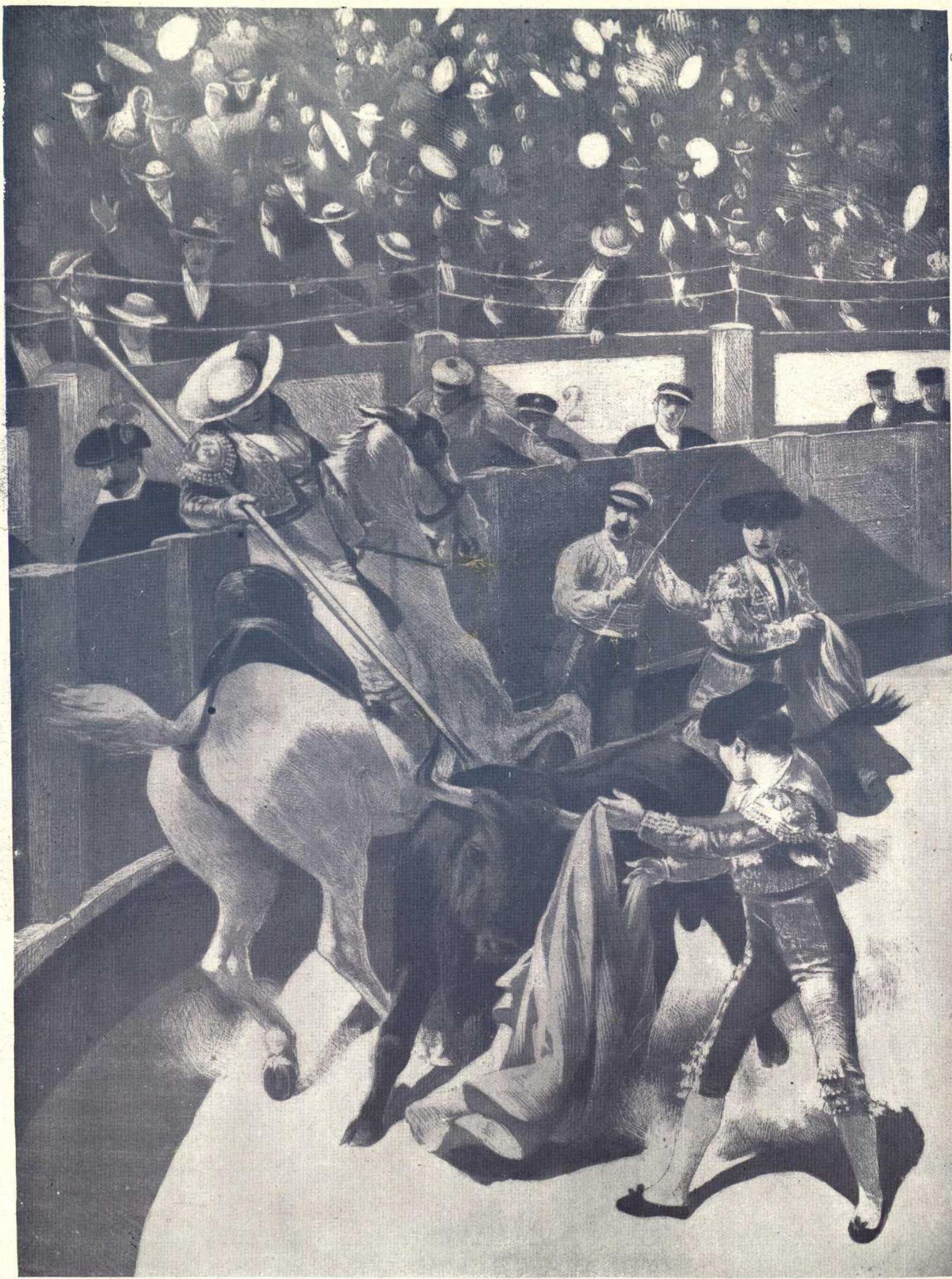
SUPPLEMENTO TAURINO SEMANAL DE MARCA

El Ruedo



AAVEDRA

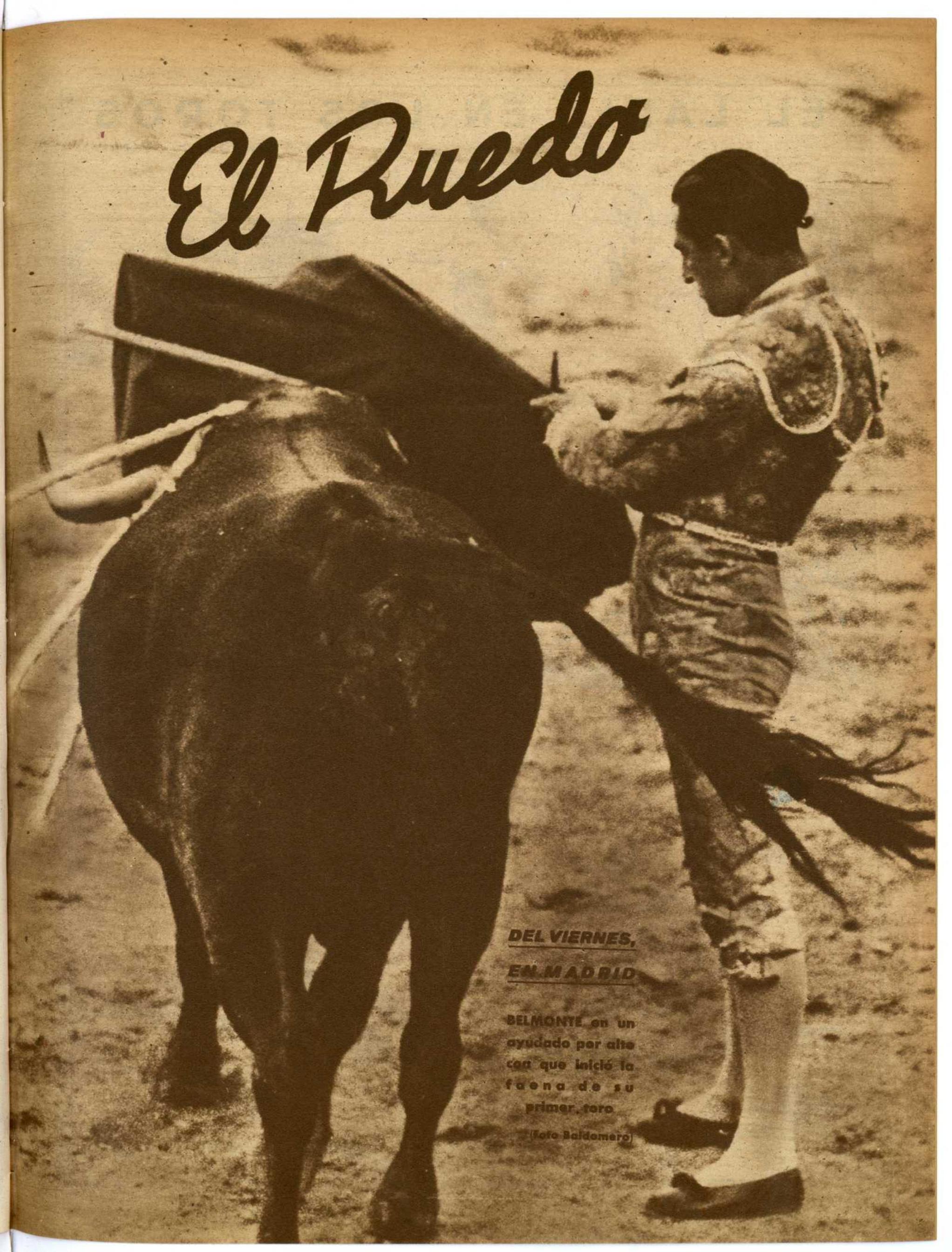
1⁵⁰
Pts



Echando el toro por delante

(Dibujo de Perea.)

El Ruedo



DEL VIERNES,

EN MADRID

BELMONTE en un
ayudado por alte
ca que inició la
faena de su
primer toro

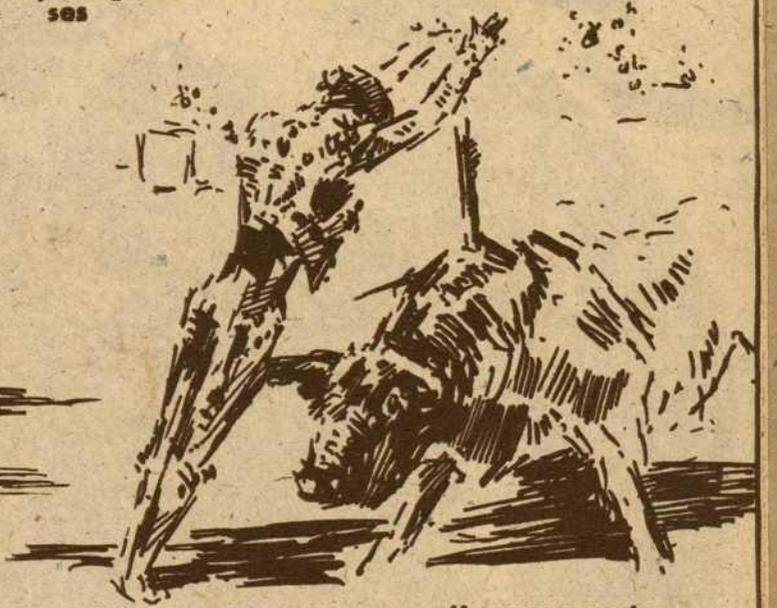
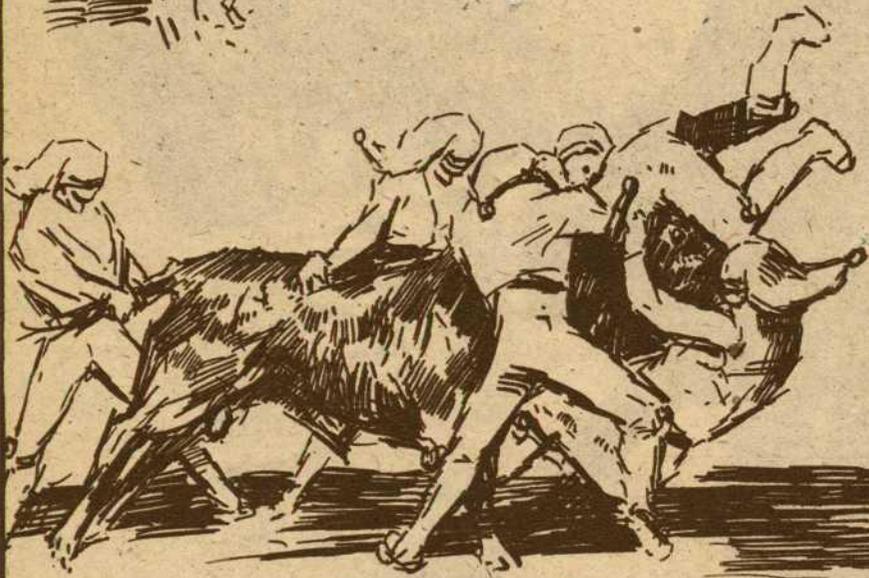
(Foto Baldomero)

EL LAPIZ EN LOS TOROS

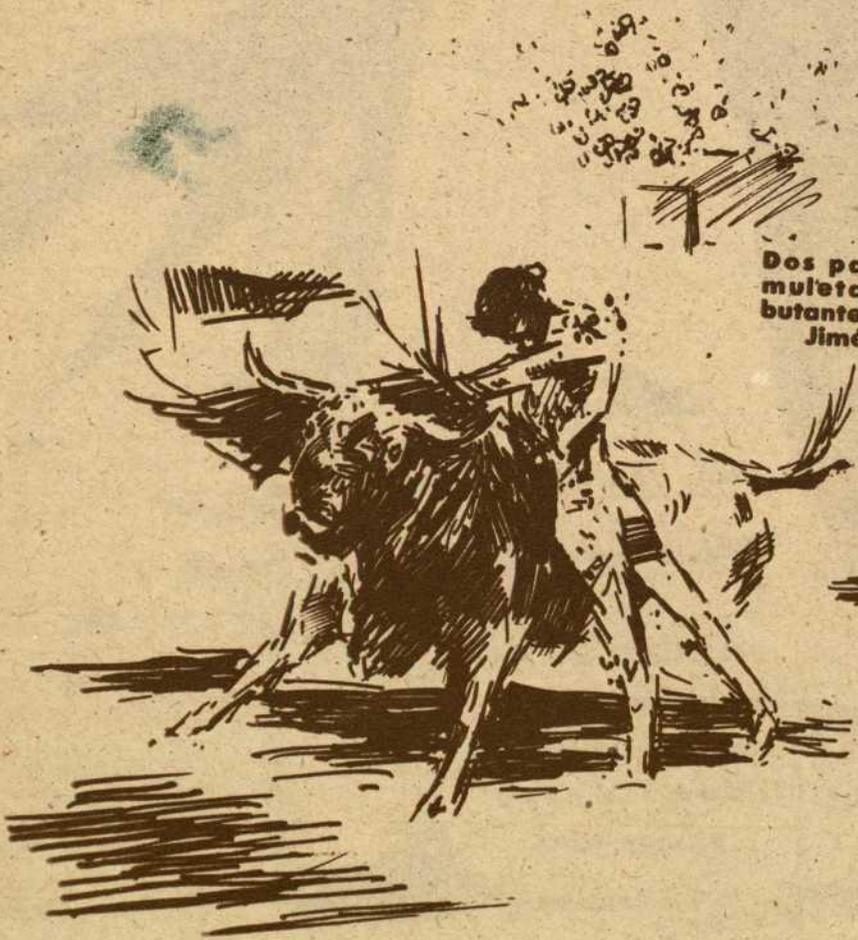
Por ANTONIO CASERO



Dos momentos de la actuación de los «Forzados» portugueses



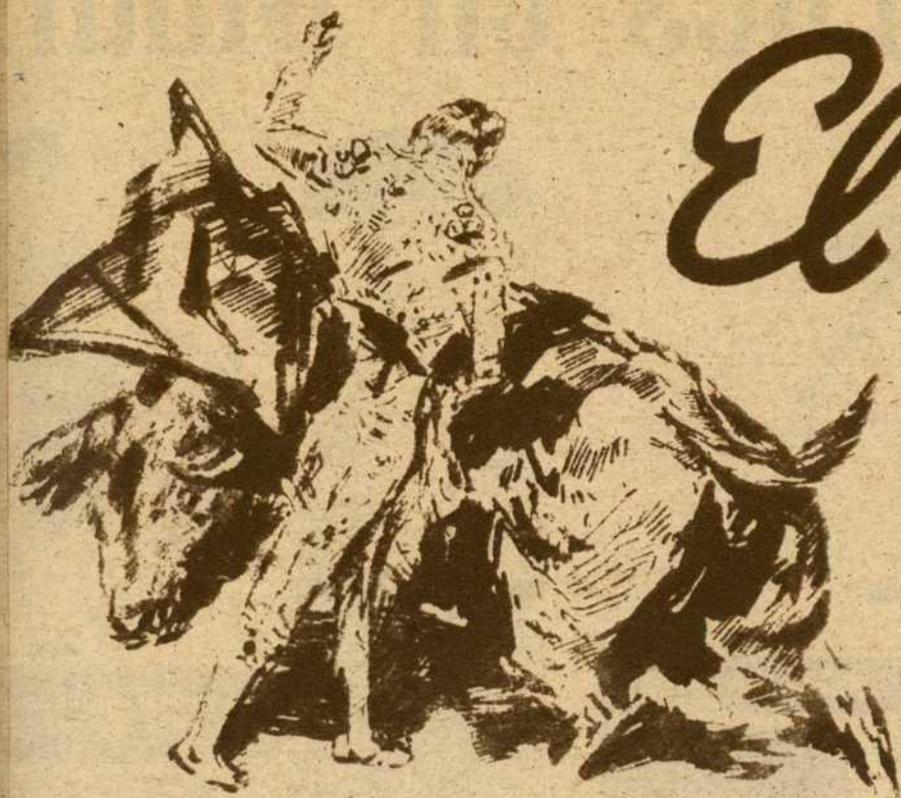
Un gran par de banderillas



Dos pases de muleta del debutante Carlos Jiménez



ANTONIO CASERO



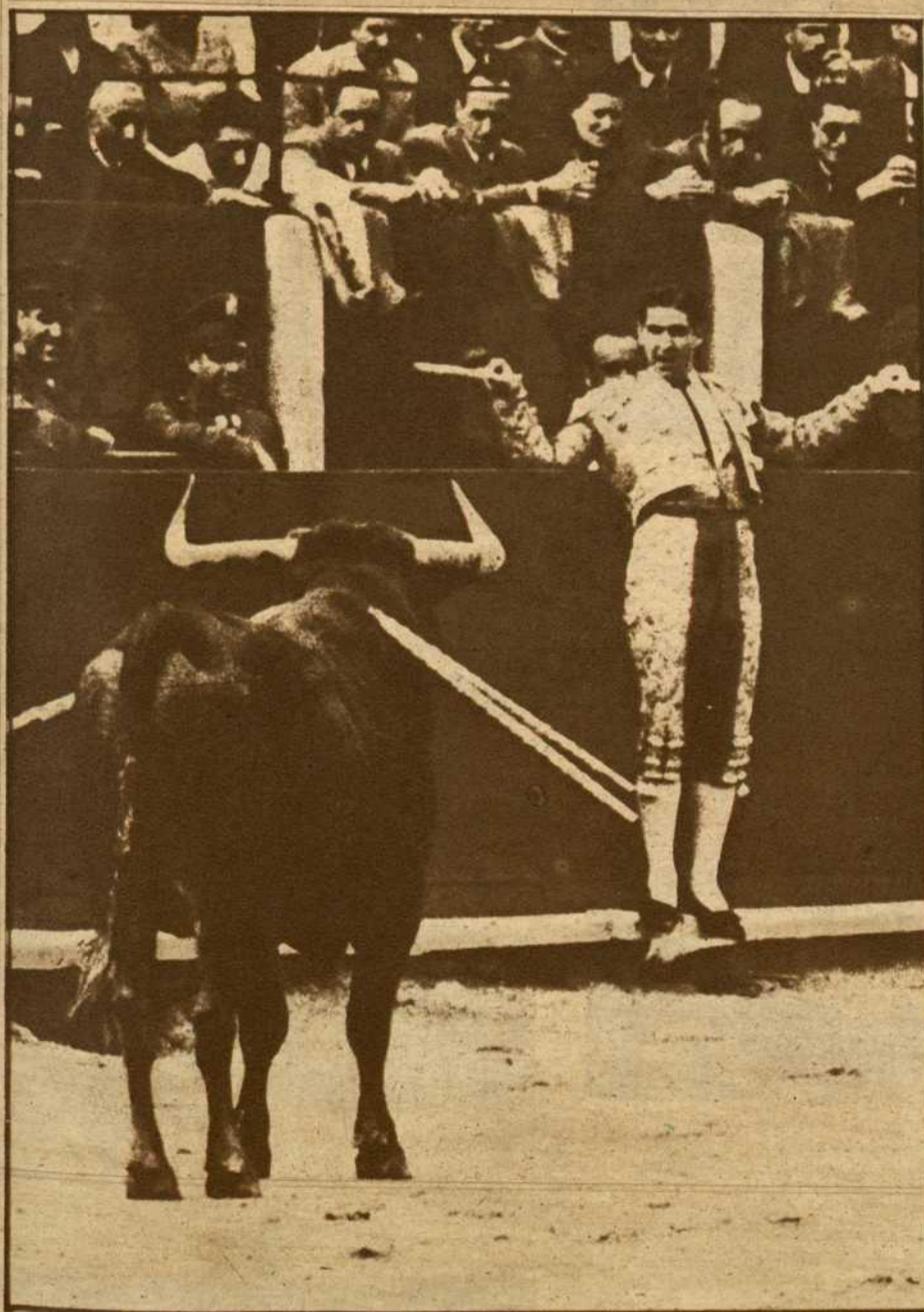
El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I Madrid, 20 de septiembre de 1944 Núm. 15

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Pepe Bienvenida citando desde el estribo para plantar un par de banderillas en la cuarta corrida de feria de Albacete. (Foto Baldomero.)



NO fui benévolo al estimar como muy humanas las exigencias de algunos diestros. Dije que el precio a su arte, a su sangre y hasta a su propia vida sólo ellos pueden estimarlo en lo que les convenga, y sigo creyendo que es natural y hasta justo que así sea. Ahora bien; en aceptar o no esa precio está la clave del problema, y en asistir o no a las corridas organizadas con tan exigentes diestros a precios altísimos, la prueba evidente de la estimación que por su cuenta hace el público de algunos diestros.

Viené todo esto a que me han dicho por diversos lados que he descargado de culpa a los toreros, cuando, en verdad, lo que dije es que la raíz del mal eran precisamente los toreros, con sus exigencias—con sus

humanas exigencias, puesto que lo que ellos se juegan no son unas pesetas, sino la vida—. (Y para probar que esto es una verdad incontestable, cualquiera puede consultar en las hemerotecas una colección de periódicos y ver que las cogidas tremendas, con desenlace trágico, son ahora tanto o más frecuentes, por desgracia, que en las épocas del torazo viejo, pesado y cornalón.)

Pero se toleran más las exigencias de los toreros, sobre todo las de un determinado torero, y se producen espectáculos tan desagradables como el de la Plaza de las Ventas el último viernes.

Parece ser, por lo que llevamos visto, lo que sabemos por otros más viejos aficionados y por lo que aprendimos en aun más viejas reseñas y en antiguos tratados de tauromaquia, que este mal del toro chico no es, ni mucho menos, de ahora. La aparición de los grandes diestros, de los excepcionales que marcaron huella en su época, fué siempre aparejada de exigencias semejantes a las que nos parecen exclusivas de estos tiempos. Y es evidente que se fué transigiendo con ellos por parte de quienes podían oponerse, y que los públicos, lejos de desviarse de la fiesta, contribuían con su cada vez mayor demanda de localidades a encarecerlas progresivamente, en beneficio de diestros, empresarios y ganaderos.

Mas el caso es, volviendo al escándalo del viernes que se produjo en las Ventas, que las reses—el maestro Clarito nos refrescó a todos la memoria en su magnífica crítica de "Informaciones"—eran mayores que los de la memorable corrida de la Prensa; y fué así porque las autoridades, con creciente celo sobre la materia, intervinieron con acierto y eficacia, como pudo verse en los peos de los toros.

Así, pues, que otras fueron las causas del fco espectáculo, y ellas no son, por desgracia, tan razonables. Son el fruto de ciertas propagandas de mal gusto y peor estilo, pero contra las que no vale la pena atremeter, ya que son los propios toreros quienes las alimentan y alimentan.

Con la estela del escándalo se llegó otra vez a las Ventas el domingo. A otro espectáculo y a otro escándalo, porque ¡eso sí que es escandaloso, señores!... Seis debutantes, y todos limpios de polvo y paja, sin saber ni cómo se coge un capote.

Entre tanto, las ferias de provincias tocan a su fin. Valladolid, a punto de acabar la suya; Logroño, de empezarla, y Zaragoza, llamando a las puertas de la expectación con el revuelo de comentarios en torno a unos carteles desconocidos por mí a la hora de escribir estas líneas.

Serán, desde luego, dignos del prestigio de su feria, y los zaragozanos podrán ver, seguramente, en unos días lo que los madrileños no podemos ver en toda una temporada.

Cartel del viernes en Madrid



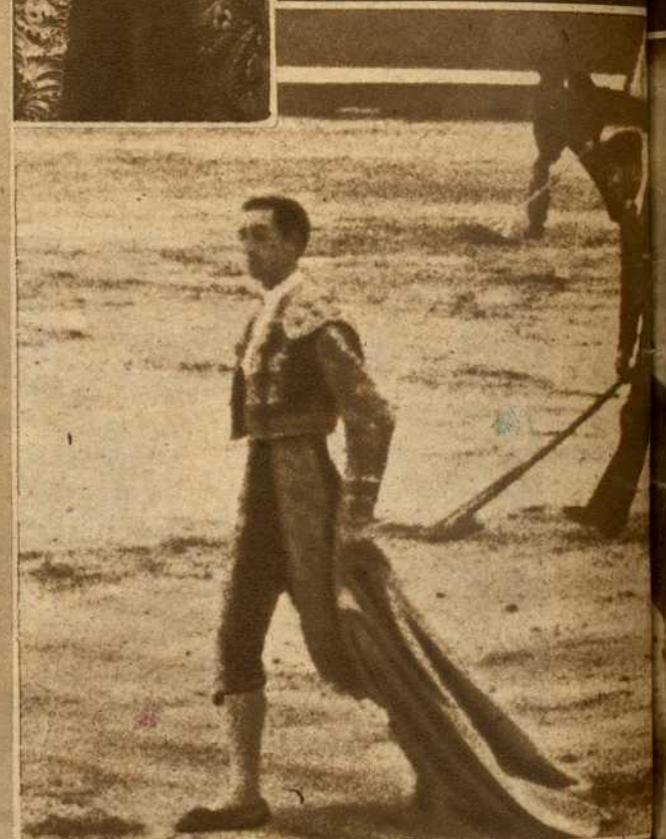
Belmonte no tuvo una gran tarde; pero logró algunos muletaos muy buenos



Juan Belmonte en una manolete. Dicen los aficionados antiguos que la manolete es un muletao sin exposición alguna; mas es lo cierto que el público gusta de estos pases, y que la mayoría de los toreros los prodigan cuando quieren hacerse aplaudir

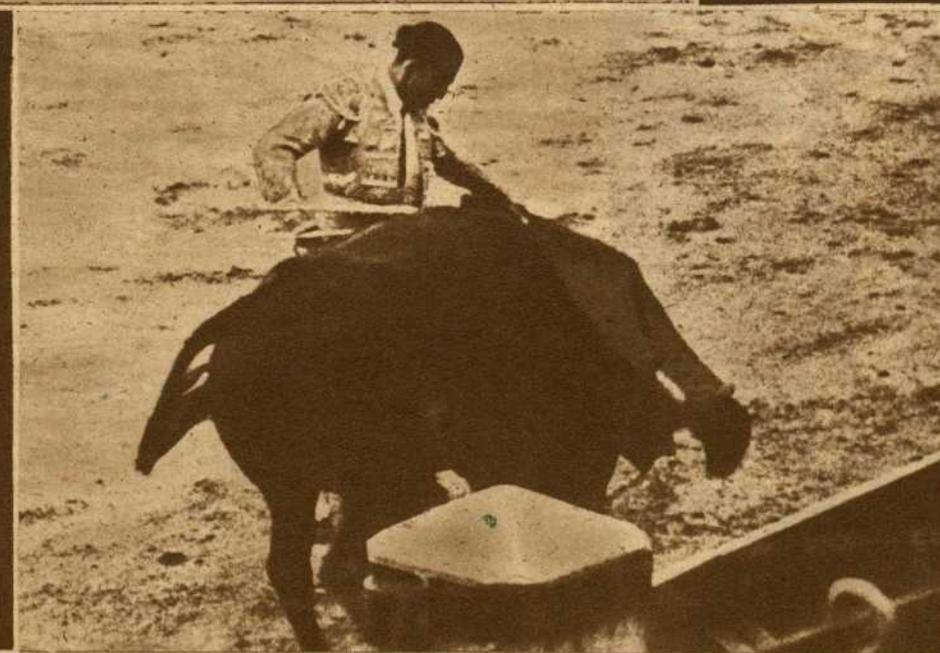


Un natural del diestro cordobés en la corrida del viernes en Madrid



Manolete dando la vuelta al ruedo después de matar su primer toro

El pase natural. Ya sabemos que no son naturales únicamente los muletaos como ese que dió en su primero Juan Belmonte; pero así hemos dado en llamar exclusivamente a ese pase de muleta que es, con el de pecho, fundamental en el toreo y base de toda faena grande



En la corrida que el viernes torearon en la Monumental Juan Belmonte, Manolete y Antonio Bienvenida, dos de los toros de don Antonio Pérez fueron sustituidos, debido a su inadecuada presentación para una plaza de primera categoría, por otros dos de la ganadería de los Herederos de doña María de Montalvo. El segundo, de don Antonio Pérez, fué protestado continuamente. Más pequeños que el segundo fueron el tercero y el sexto. El resto de la corrida — si salvamos al cuarto, de Montalvo — fué parejo del segundo. Pocos gramos más o menos, todos ellos eran de la misma categoría. En compensación, los bichos — poco más unos y menos otros — fueron mansitos y llegaron al último tercio poco a propósito para que los matadores lograran lucimiento. El hecho — por lo que nos dicen — se repite por esas plazas con harta frecuencia, y ya va siendo tema de conversación entre los astros del toreo lo poco ventajoso que resulta torear esta clase de ganado salmantino que, en otro tiempo, fué preferido por los lidiadores. Una mala corrida, en fin, de don Antonio Pérez.



Bien toreado, el toro de la ganadería de Montalvo sigue los vuelos de la muleta de Manolete

Cuatro toros de Antonio Pérez y dos de Montalvo para JUAN BELMONTE, MANOLETE y ANTONIO BIENVENIDA



El matador de toros cordobés se ha aficionado en esta última época a muletear por alto. Le vemos en esta fotografía dando un buen pase de pecho

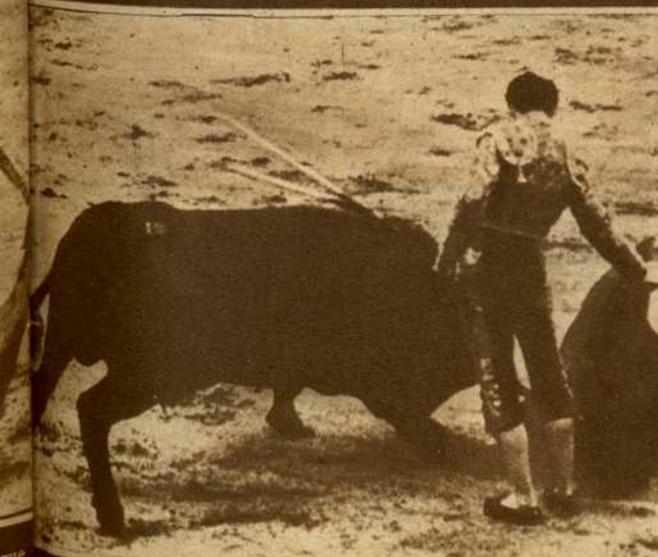


Antonio Bienvenida no tuvo suerte en el sorteo, y hubo de lidiar los dos toros más difíciles. Un muletazo por alto de Antonio. (Fotos Baldomero.)



Media verónica de Manolete, como remate de un buen quite

Nadie discute la gran clase de Antonio Bienvenida. Imprime a todo lo que hace un sello, por personal, inconfundible. Esta verónica de Antonio puede servir de modelo a todos los que quieran conocer el secreto de torear bien. Antonio hizo, entre otras cosas, un quite excepcional por su oportunidad y brillantez.



Manolete en uno de los muchos muletazos en redondo que dió en la corrida del viernes a su primer toro de la ganadería de don Antonio Pérez ...



Antonio Mejías es un muletero que puede con toda clase de ganado; pero necesita, para cuajar las faenas extraordinarias que todos esperamos de él, que los bichos embistan, por lo menos, regularmente. El viernes, a pesar de que sus dos toros fueron malos, logró muletazos excelentes

Ninguno de los tres espadas consiguió triunfos ruidosamente el viernes en el ruedo de las Ventas. De la terna de matadores, el que mejor librado salió fué Manolete. Dió la vuelta al ruedo después de matar al segundo. Hubo quien protestó. A otro matador le hubieran ovacionado todos los espectadores. A Manolete, no. El cordobés es torero que no conviene cuando no hace la faena magistral. Este homenaje que el público—al menos, parte del público—dedica de continuo a Manolete, dice bien cuánto es el interés que sus actuaciones despierta. Juan Belmonte tuvo sus momentos brillantes a fuerza de valor y tuvo también fases grises durante la corrida. Justamente estas fases coincidieron con los momentos en que Belmonte olvidó que siempre se le quiere ver valiente.

Antonio Bienvenida oyó pitos al retirarse de la plaza. No tuvo suerte con los toros que tuvo que lidiar y la tarde no fué buena para él. A pesar de todo, se le entregó el público en varios momentos; en todos aquellos en los que pudo torear, ya que no a gusto, sí como él sabe hacerlo aun a los bichos que no embisten.

La corrida del domingo en MADRID



Siete novillos de don José de la Cova para el rejoneador DIEGO DE LOS REYES, los forçados portugueses y CARLOS JIMENEZ, MANUEL PLAZA, FERNANDO GARCIA ONTIVEROS, RAFAEL JIMENEZ, FLORENTINO DIAZ FLOREZ y LUIS SANTOS

RESEÑA

Siete novillos de la ganadería de don José de la Cova para el rejoneador Diego de los Reyes y un grupo de pegadores portugueses, el primero, y los seis restantes para Carlos Jiménez, Manuel Plaza, Fernando García Ontiveros, Rafael Jiménez, Florentino Díaz Flores y Luis Santos. Preside el señor Castuncho. Muy buena entrada. Buen tiempo. Hacen el paseo en primer lugar Diego de los Reyes y los ocho pegadores portugueses, y después los seis matadores con sus respectivos subalternos.

Novillo de rejones.—Diego de los Reyes hace algunas pasadas en falso. Los pegadores, en terrenos del 10, apuntan las embestidas de la res. Diego coloca tres rezones. Los pegadores, después de alguna volteada rezones. Los pegadores, después de alguna volteada diez muletasos y mata de dos pinchazos y media estocada.

Primero.—Carlos Jiménez lancea bien. El novillo toma regularmente dos varas. Dos pares y medio de banderillas. Carlos Jiménez muletea con soltura y sabor por ayudados por alto, bajo, de pecho y en redondo. La torea es fina y bonita. Mata de dos pinchazos, media y el descabello al primer intento. (Ovación, vuelta al ruedo y salida al tercio.)

Segundo.—Cuatro varas, de las que sale suelto. Par y medio de banderillas. Plaza muletea por bajo y en redondo y mata de una baja.

Tercero.—Toma cinco varas, y volteo a García Ontiveros y a Luis Santos. Dos pares y medio. García Ontiveros da unos mantazos y mata de dos metisacas malisimas, media baja peor, un galletazo y el descabello al primer intento.

Cuarto.—Dos varas. Tres pares. Rafael Jiménez muletea movido y mata de dos pinchazos y una baja.

Quinto.—Cuatro varas. Dos pares. Florentino Díaz Flores muletea a la defensiva y mata de una delantera y dos intentos de descabello.

Sexto.—Cuatro varas. Tres pares. Luis Santos muletea con soltura y vista y mata de una entera baja y atravesada.

JUICIO CRITICO

Faltó la rifa de un juego de cacerolas

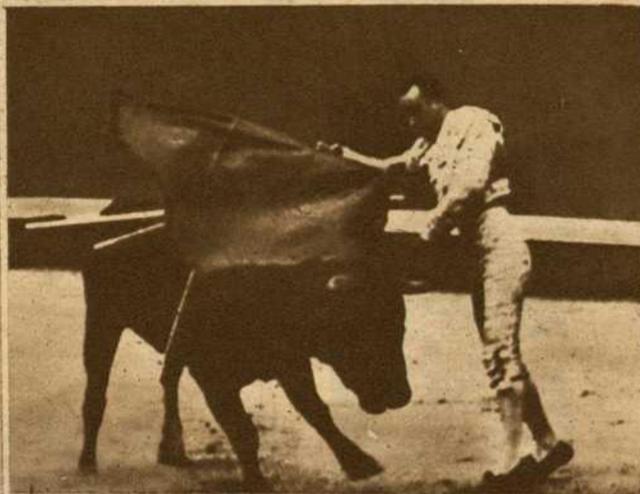
Los novillos de don José de la Cova muy a propósito para el festejo del domingo. Terciadados todos, se dejaron torrear. Diego de los Reyes no lució ni como caballista ni como torero. Los pegadores portugueses, valientes.

De los seis matadores triunfó Carlos Jiménez, torero al que hay que ver en otras novilladas de mayor empuje. Es sereno, torrea muy finamente y conoce su profesión. Tras él, en orden de méritos, viene Luis Santos, promesa de buen lidiador, que cuando torrea más puede cuajar. Manuel Plaza acusó desentramamiento, y aunque no se asustó de los achuchones, no estuvo afortunado. Florentino Díaz Flores ha torreado mucho, y se nota en él tendencia a defenderse y no a torrear bien. Fernando García Ontiveros, mal. Rafael Jiménez, mal también.

Parece mentira que la Empresa de la Plaza de Madrid organizase para un día 17 de septiembre tan pobre espectáculo. Hubo caballito, pegadores y seis novilleros nuevos en Madrid—aunque uno había torreado una nocturna—. Faltó al festejo la suelta de potancos y la rifa de un juego de cacerolas para final. Fué el público por sí se daba la sorpresa de una revelación. Carlos Jiménez, y en parte Santos, lograron que los espectadores no salieran de la Plaza enfermos de aburrimiento.

El banderillero Faroles oyó la ovación más grande de la tarde por dos formidables pares al cuarto.

BARICO



Carlos Jiménez en un ayudado por alto



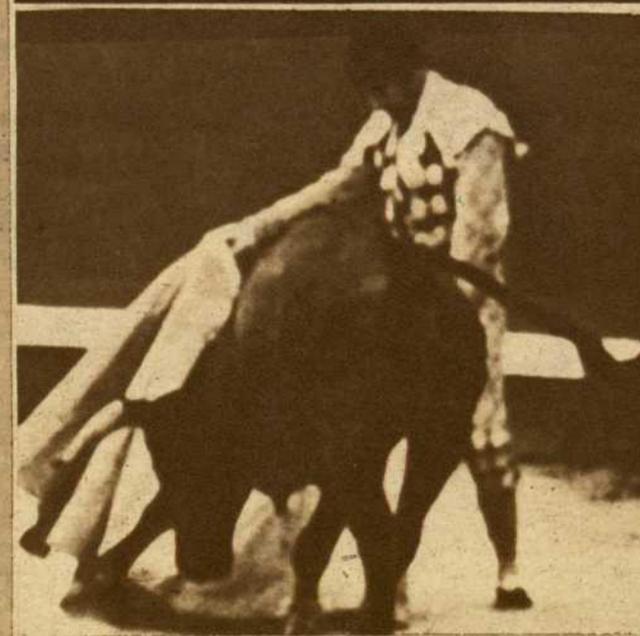
Fernando García Ontiveros en un pase con la derecha



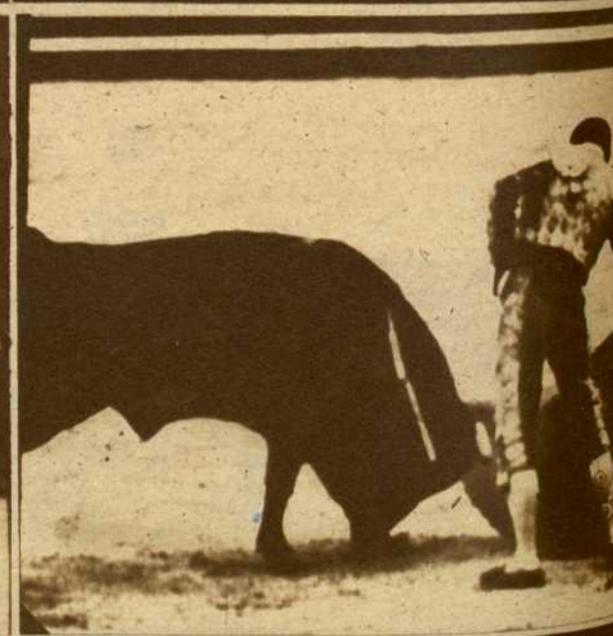
Florentino Díaz Flores pasando de muleta



Manuel Plaza enganchado por el novillo que le tocó en tanda



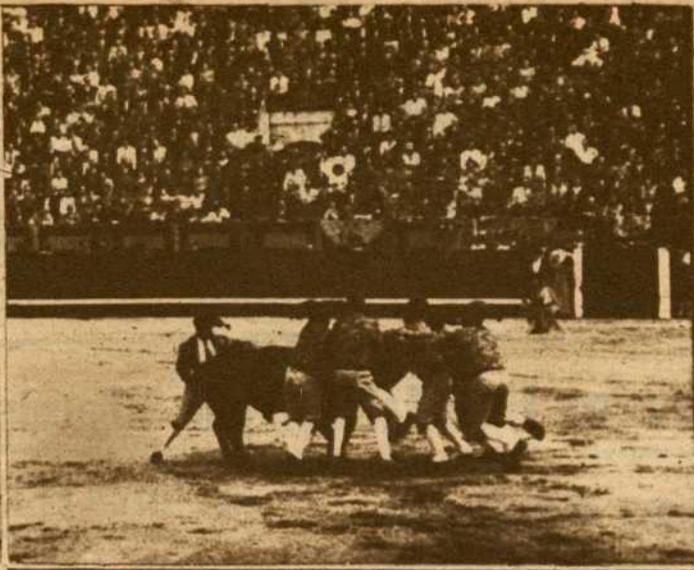
Rafael Jiménez toreando de capa



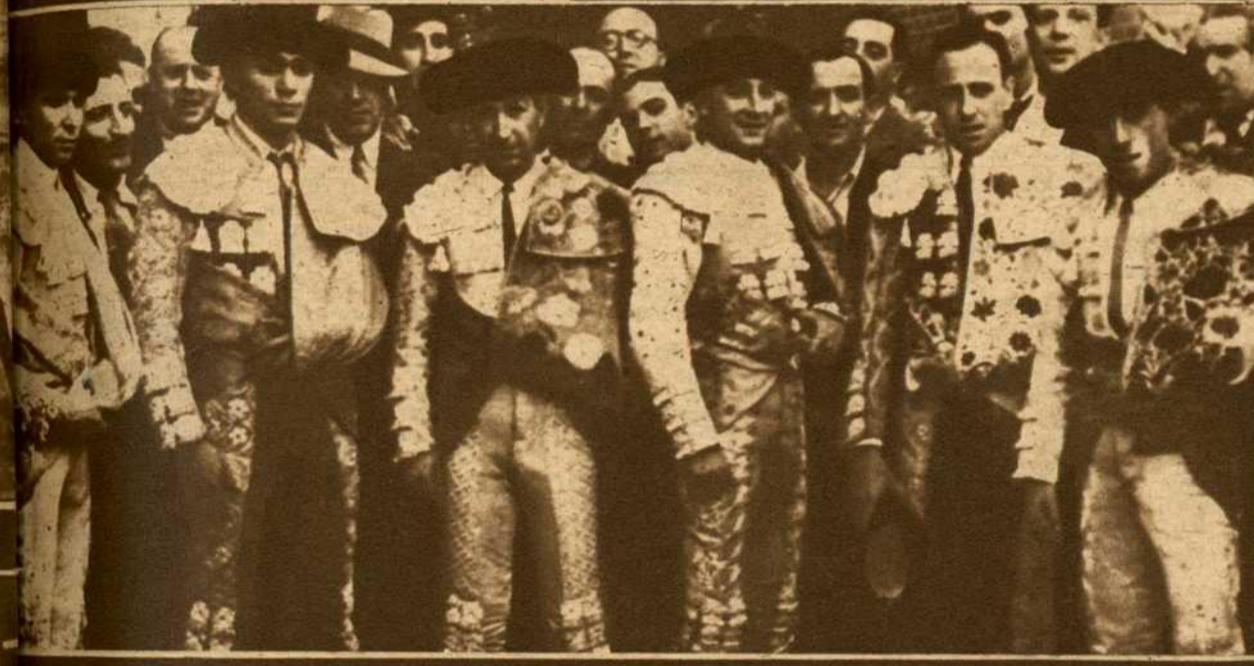
Luis Santos en un natural



El rejoneador sevillano Diego de los Reyes en los preliminares de su actuación



Los forcados portugueses que se presentaron ayer en Madrid logran dominar al novillo



De aquí los matadores antes de comenzar la corrida.—De izquierda a derecha: Manuel Plaza, Luis Santos, Florentino Díaz Flores, Fernando García Ontiveros, Rafael Jiménez y Carlos Jiménez

DESPUES DE LA CORRIDA HABLAN LOS TOREROS

Diego de los Reyes

—¿Qué te voy a decir yo?— responde a nuestra pregunta el matador sevillano—. Que me puse nervioso na ma ve un novillo embolado; que el bicho llegó a mis manos, que la intervención de los portugueses, fatá, fatá, y que, ni juisto, no he estao ni bien ni mal. Eso que hacen los toreros esos no es na; aquí se sube cualquiera «asima» toro en seguía y se quea tan tranquillo. Después, tras darnos esta pintoresca opinión, nos acompaña a la puerta. En la mesilla, un Jesús del Gran Poder, una imagen del Rocío y un pequeño Nazareno dicen del abuelo andaluz del rejoneador, que nos despide sonriendo.

Carlos Jiménez

En la habitación del hotel, esa animación natural tras el éxito. Amigos y familiares, y el diestro en pijama y con las zapatillas de faena puestas. —Me hubiera gustado habérmelas con el quinto novillo. Creo que no se me hubiera escapado la oreja; esa oreja que era mi obsesión. Pero otra vez, cuando toree dos novillos con quien sea, que no me importa, veremos a ver qué pasa. Un mensajero trae la noticia de que esa corrida que esperaba el valiente muchacho es cosa segura. Abrazos, felicitaciones y un prudente mutis nuestro hacia la calle.

Florentino Díaz Flores

Sobre nosotros, en el típico "colmao", una estilizada cascada de toro y unas banderillas cruzadas nos recuerdan a este objeto de nuestra presencia en este lugar. —Mi novillo—nos dice el debutante número dos—era bravo, pero el estar poco picado quedó completamente suelto, pegajoso, y me impidió quedar según mis deseos. —Ni más ni menos que la verdad!—corroboraba Saavedra el dibujante—. Que, además de estampar con el pñal los temas taurinos, entiendo "un rato de estas cosas".

Fernando García Ontiveros

Cuando llego a la casa están comiendo los familiares. El chico, según me dicen, se marchó disgustadísimo, sin querer ver ni hablar con nadie. —Esta tarde iba estrenando el traje completo—dice la madre.

—Con las ganas que de quedar bien en Madrid tenía!...—continúa el padre.

—Después de ser cogido—aclara un familiar—se lesionó la rodilla y el dedo pulgar de la mano derecha. ¡Desgracia que ha tenido el chico!

En la radio, pequeña, una canción popular. En un retrato antiguo, un chicleo cita a un toro imaginario: es el novillero, que ya acusaba sus deseos de ser torero.

Rafael Jiménez

El debutante está en la cama, con una fuerte hinchazón en la nariz y un puntazo en una ingle.

—Sufrí una equivocación—dice—. Yo quería dar un estatuario y después seguir en redondos; pero como el novillo achuchaba por un lado, me cogió, a pesar de lo cual yo continué actuando. Diga que Faroles es un gran banderillero y que me hizo, al caer ante el novillo, un quite que no olvidaré.

Luis Santos

Muchacho simpático y modesto este torero de hoy. Con él, un amigo, el amigo "de verdad" que, entre los demás, tienen los toreros.

—Mi novillo, bueno, pero pegajoso, por lo que no pude ligar los muletazos. Espero poder tener la ocasión de actuar con dos novillos, como deseo. Esta primera salida en la Plaza madrileña, con caballos, como a los demás, me desorientó algo. Quiero en otra corrida pagar al público sus cariñosos aplausos de despedida—nos dice este chiquillo de San Bernardo, con su sinceridad de "benjamín" de los actuantes.

Manuel Plaza

El mozo de estoque nos recibe por él, que, disgustado por su actuación, se fué.

—El año pasado sufrí una gran cornada, y éste sólo ha torcado una novillada antes de venir a Madrid. El novillo se agotó con las varas, quedándose en la muleta. En cuanto a él—termina—, estaba "fuera de su sitio", y ésta fué la causa de todo.

Y estas palabras son el final de nuestra corrida... por las calles madrileñas, tras los diestros de esta tarde.

RAFAEL DE CORDOBA

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Como actúan seis debutantes, la gente y los programas se hacen un fío con los nombres. Y el que figura en primer lugar le llaman Jiménez en el cartel y García en el suplemento. Pero como hay, además, otro García y otro Jiménez, los que figuran en tercero y cuarto lugar, el barullo es considerable.

Un niño pasa la tarde preguntando: "Ese que torea ahora, ¿quién es?" Y el papá, que no quiere quebrarse la cabeza ni confesar ignorancia, se limita a contestar: "Ese es uno", o "Ese es... otro".

Cuando sale la cuadrilla contamos dieciocho o veinte banderilleros y no sabemos cuántos picadores. En nuestra vida vimos tantos trajes de luces juntos. Trajes, ¡eh!, no toreros.

Los forcados portugueses parecen portugueses de procesión. Y cuando sus cabezas, enfundadas en verdes gorros de dormir, se alinean al hilo de las tablas, parece que se han quedado enganchados en la barrera pedazos de paño de billar.

El toro está embolado con bolinches de cama antigua.

Carlos Jiménez se llevará las mil pesetas de premio; pero, ¡hay que ver qué cuidado puso en no despeñarse!

El momento más peligroso para el tendido es aquel en que el torero devuelve la bota de vino sin cerrar. Porque el valdepeñas cornea y mancha.

Manuel Plaza, como el "bicho" no le embiste bien, decide torear sin toro, y no le resulta mal. Por algo se empieza.

Fernando García debe tener aficiones de practicante de Medicina, porque en lugar de entrar a matar puso al toro una inyección de estoque.

Rafael Jiménez se traía la revólvera aprendida desde casa y la dió dos veces. El toro estaba quieto o no estaba delante; pero nadie puede negar que Rafael dió las dos revólveras. Y con ellas, y con un buen palotazo, se fué el muchacho cojo y alegre.

Hay peones que saltan la barrera ciegos, creyendo que tienen detrás al enemigo. Y es que les persigue el miedo al toro y el toro del miedo.

Florentino Díaz pidió un largo consejo al mozo de estoque antes de entrar a matar. ¡Y qué consejo recibiría que desbordó a la fiera!

Si no estiráramos las piernas entre toro y toro, saldríamos de la Plaza en cucullas.

¡Qué gesto de rabia y de coraje el de Luis Santos cuando el "bicho" le arrebató la muleta después de la última manoletina! Se le oyó murmurar por lo bajo: "Este toro quiere para él las mil pesetas." Y, sin duda para vengarse, lo degolló muy malitamente.



El Ruedo



ARMANDO CASERO

En Valladolid corta dos orejas DOMINGO

ORTEGA en la primera de feria



Ortega

V ALLADO- LID 17 (Men- cheta).—Se ce- lebró la prime- ra corrida de feria con la lidia de siete to- ros (uno de Domecq y seis de Joaquín Buendía, antes Santa Coloma) para Alvaro Domecq. Do- mingo Ortega, Manolete y Pe- pe Luis Vázquez.

Presidió el alcalde, señor Fer- reiro, asesorado por el ex ma- tador El Habanero.

La plaza registra un lleno ab- soluto.

Alvaro Domecq, después de un verdadero alarde como jine- te, clava cinco rejonos, de ellos dos defectuosos, y tres pares de banderillas, buenos. Juguetea con el toro y clava tres rejonos de muerte (Palmas.) El sobre- saliente, Carnicerito de Málaga, termina con el bicho, después de una faena breve, de un pin- chazo y un galletazo.

Lidia ordinaria.

Primero.—Es protestado por pequeño. Ortega se luce en una serie de verónicas. Tres varas y tres pares de banderillas. La faena de muleta la inicia Or- tega con tres naturales y luego sigue por bajo termina de una buena estocada.

Segundo.—Manolete lo reco- ge con unas verónicas superio- res. (Palmas.) Dos varas y dos pares de banderillas. El de Cór- doba hace una faena de mule- ta, que comienza con tres pases por alto, sin mover los pies, y sigue por naturales, rechazos y manoleínas, muy cerca. En- tra a matar, deja una estocada algo tendida y descabella. (Pal- mas.)

Tercero.—Pepe Luis instru- menta unas verónicas algo dis- tanciadas. Tres varas y tres pa- res de banderillas. Con la fra- neta, Pepe Luis instrumenta unos pases por alto y luego na- turales y molinetes con algunos adornos y desplantes. Sigue con pases de pecho y de rodillas, para media estocada, una bien

marcada y el descabello. (Pal- mas.)

Cuarto.—Ortega se hace aplaudir por su labor con la ca- pa. Tres varas y pase y medio de banderillas. (El público lo protesta, por chico.) Ortega se lleva al toro al centro del redondel y, de rodillas, da un pa- se superior. Luego, en pie, lija dos naturales seguidos del de pecho. A fuerza de suavidad y temple se hace con el toro, y sigue la faena con pases de to- das las marcas, entre ovacio- nes. Hace varios desplantes y, después de una serie de pases, todos muy cerca y valientes, mata de una estocada. (Ova- ción, oreja, vuelta y saludos.)

Quinto.—Sale correón, y Ma- nolete consigue fijarlo con unas buenas verónicas. En una caída al descubierto, acuden los tres matadores al quite, escuchán-

dose una gran ovación. Dos va- ras y dos pares de banderillas. El toro, excesivamente castiga- do por una de las varas, se cae en la faena varias veces, por lo que Manolete, sin poder- se lucir, hace una faena breve y mata de una estocada buena. (Palmas.)

Sexto.—Hay unas buenas ve- rónicas de Pepe Luis, que se ha- ce aplaudir, igual que en un quite. Dos varas y dos pares de banderillas. Intenta Pepe Luis hacer una faena vistosa, pero el toro no lo permite, por ser muy alto de testuz. No obstante, la faena es adornada con pases naturales y molinetes. Termina de un pinchazo, una ladeada y el descabello. (Palmas.)

El peso de los toros fué: De rejonos, 231. Lidia ordinaria: 230, 222, 255, 225, 240 y 227 ki- los, respectivamente.

El mejicano ARRUZA triunfa en Jerez de la Frontera

JEREZ DE LA FRONTERA 17 (Mencheta).—Corrida de feria. Se lidiaron seis toros de Benítez Cubero para Pepe Bienvenida, Arruza y Rafael Albalcín. Llena- zo. Preside el teniente de alcalde, señor Lo batón, asesorado por el ex diestro Cha- nito. Asiste el gobernador civil.



Arruza

Primero.—Bienvenida lo saluda con bu- nas lances. Dos varas y dos pares de banderillas. Pepe toma los pases y coloca un gran pa- se. (Ovación.) Re- pite con otro, cl- tando a dos pa- sos, y un tercer idéntico, enor- me. (Gran ovación.) Con la mule- ta empieza con un pase por alto muy bueno, seguido de un natural y varios en redondo. Dos pincha- zos y media que basta. (Pal- mas.)

Segundo.—Arruza saluda a su primero con buenas verónicas. El mejicano hace un quite por chi- cutillas grandiosas, y Albalcín, en su turno, también se luce. Unos varas, y el mejicano cambia el ter- cio. Arruza clava un par porten- toso. Toma otro par, y después de jugar con el bicho prende un solo palo. El tercero es verdade- ramente grandioso. (El público le ovaciona en pie.) Brinda al públi- co, y recibe a su enemigo con un pase por bajo y tres por alto. Un molinete de rodillas. (Ovación.) Pases por alto y naturales. Dos naturales más in narrables. Des- pués, manoleínas de rodillas y otros pases muy buenos. El públi-

co pide la oreja. Un pinchazo, un volapié y una estocada hasta la bola. (Ovación, oreja, vuelta al ruedo y saludos.)

Tercero.—Albalcín, en su primero, lo saluda por verónicas. Tres va- ras. Un par y medio de banderil- las. Albalcín, con la muleta, tarda mucho tiempo en sacar un pa- se, porque no se arrima. En los primeros pases se le cuesta el bi- cho. Sale del paso de tres pincha- zos y una estocada. (Pitos al toro.)

Cuarto.—Bienvenida da varias verónicas. Toma el toro tres varas con mucho poder. Es un precioso ejemplo, y grande. Un par, y después de muchos intentos inúti- les le coloca los banderillos en un solo palo. Pepe le muletea brev- mente de un pinchazo y me- dia.

Quinto.—Lo fija Arruza con unos lances aceptables. El toro está algo quedado. Una vara por una caída estrepitosa, haciendo el quite el mejicano agarrado a un piñón. (Ovación.) Otra vara, Arruza, a petición del público, y al son de la música, clava un par magnífico, luego otro y después uno impecable. Coloca otro par, el cuarto, prodigioso. Llega a la muleta el toro con ocho pases colo- cados en todo lo alto. Inicia la faena con naturales, y sigue por alto, de pitón a rabo, y rodilla en tierra, da diez pases, agarrándose a un cuerno. Entra a matar vol- cándose sobre la res, que rueda sin puntilla. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Sexto.—Albalcín lo para bien. Dos varas. (Sigue la ovación a Arruza.) Bienvenida se luce en un quite. Se retira Arruza del ruedo previo permiso de la presidencia,

En Albacete dieron una gran tarde

de toros FERMIN RIVERA y ANDALUZ



Andaluz

A LBACETE 17 (Mencheta). Ganado de Con- cha y Sierra pa- ra Rafaelillo. Fermín Rivera y El Andaluz.

Preside el co- misario de Poli- cía, don Carmelo Panadero, aseso- rado por el ex novillero Arni- llas.

La corrida es a beneficio del Hospital Provincial, organizada por la Diputación.

La Plaza registra un lleno im- ponente.

Primero.—Rafaelillo veronicea con lucimiento. Cuatro varas. Los matadores se lucen en quites. Tres pares de banderillas. Rafaelillo se encuentra con un toro mansurrón y, no obstante, hace una faena adornada al propio tiempo que in- teligente. Mata de media estoca- da. (Ovación.)

Segundo.—Fermín Rivera lo fija con cuatro verónicas que se aplau- den. (En este momento entran en el palco a ellos reservado el mi- nistro de Justicia, el subsecreta- rio del mismo departamento.

Aguenta el toro tres varas y tres pares de banderillas, éstos tie-

Rivera, muy buenos. El mata- dor brinda al público y a la sobri- na del señor Aunós y hace una faena a los acordes de la música, con pases naturales, molinetes, de pecho y adornos. Mata de media estocada y se le concede la oreja. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Tercero.—El Andaluz liga cua- tro verónicas y media superiores. Dos varas y dos pares de banderil- las. Brinda el matador al minis- tro, y el público tributa una gran ovación al señor Aunós.

Comienza la faena El Andaluz con tres pases por alto y sigue con cuatro naturales, ligados con el de pecho; tres rechazos y dos manoleínas. Entrando de cer- ca señala un pinchazo, dos más y una estoca- da. Descabella al primer inten- to. (Ovación, oreja, vuelta al ruedo y saludos.)

Cuarto.—Ra- faelillo se revol- cado al dar unas verónicas, sin consecuencias. Cuatro varas y tres pares de banderillas.

Rafaelillo brinda al ministro y hace una faena por ayudados y en redondo. Media delantera y descabella al segundo golpe. (Pal- mas.)

Quinto.—Rivera lo recibe de ro- dillas y luego instrumenta cuatro verónicas. Rivera inicia la faena de muleta en el estribo y da tres pases por alto temerarios. Mata de media estocada y el descabello. (Ovación.)

Sexto.—El Andaluz da dos pa- ses ayudados, otros naturales, va- rios de la firma y molinetes. El toro se cae, y como no se logra que se tenga en pie se le apun- tilla.

Peso de los toros: 270, 243, 247, 255, 294 y 289 kilos, respectiva- mente.



F. Rivera

Novillada de feria en Oviedo



A. de Castro

OVIEDO 17 (Mencheta).— Segunda de feria. Poca entra- da. Preside el teniente de alcal- de señor García Rosales, y se li- gan novillos de la ganadería de Gabriel González por Ángel Parra (Parrita), Agua- do de Castro y Nanelo Navarro.

Los novillos fueron mansos. El quinto saltó varias veces al callejón después de ser fogueado, y allí hubo de rematarlo el puntillero.

Primero.—Parrita se hace aplau- dir en verónicas. Tres varas y tres pares de banderillas. Faena valiente por naturales. Un pincha- zo sin soltar, media estocada y el descabello. (Palmas.)

Mata de media estocada y se le concede la oreja.

Tercero.—Toma dos varas y tres pares de banderillas. Manolo Navarro realiza una faena intelli- gente y mata de dos estocadas y el descabello. (Palmas.)

Cuarto.—Unos lances movidos de Parrita. Dos varas y dos pares de banderillas. La faena de muleta es muy voluntariosa. Mata de un pinchazo bien señalado y varios intentos de descabello.

Quinto.—Hufo. Salta al calle- jón, originando los consiguientes sustos y carreras. Se le condena al fuego y continúa saltando la barrera, por lo que la presidencia ordena sea rematado en el calle- jón, de donde no podía sacarse, a pesar de los esfuerzos del pro- naje.

Sexto.—Manolo Navarro hace una faena sin lucimiento, por las condiciones del bicho, y mata de una estocada tendida y el descabello.

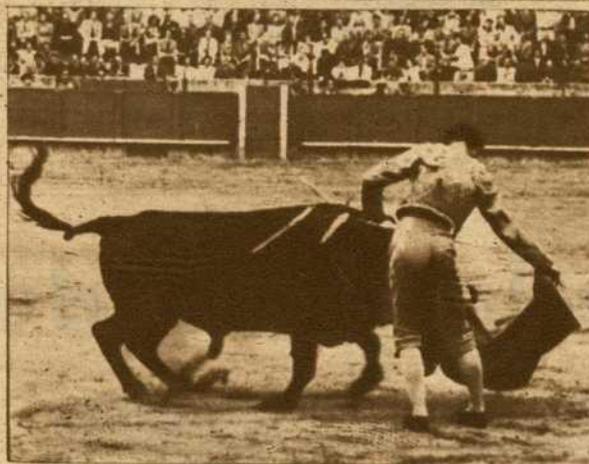
El peso de las reses fué el si- guiente: 162, 178, 154, 201, 223 y 214 kilos, respectivamente.

CARTEL DE BARCELONA

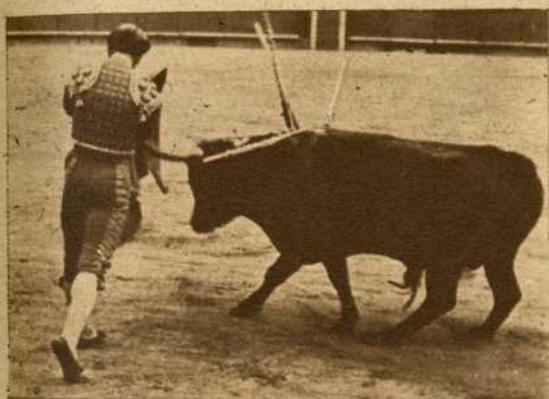
Seis novillos de TASSARA para LLORENTE, FARAON y RANGEL



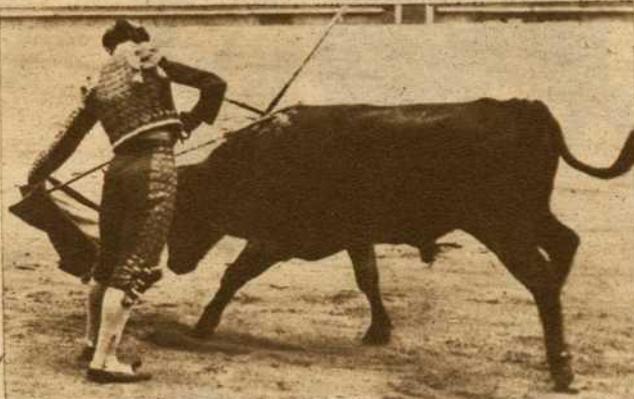
Faraón, Rangel y Llorente preparados para empezar la corrida



Llorente toreando por naturales



Faraón en la faena de muleta a uno de sus toros



Faraón en un ayudado por alto



Rangel al iniciar la faena de muleta



Rangel toreando por verónicas a su primero del domingo en Barcelona



Llorente saludando después de cortar la oreja a su primero. (Fotos Valls.)

RESEÑA

BARCELONA 17 (De nuestro corresponsal Subirán).— Tarde sin sol, bochornosa y con viento. Algo más de media entrada.

Primero.—Caminero, negro, un marmolillo que desata las iras populares. Vuelve a los corrales «paternos».

Le sustituye Encamorado, de un tal Pablo Llerén, vecino de Sevilla, negro, tirando a chico.

Es mansote, toma dos varas y sólo hay un quite apreciable de Llorente. Este, poniéndolo todo él, hace faena lucida al son de la música, con poses en redondo, manoletinas y molinetes, pese a lo quedado del bicho.

Una gran estocada, y hay ovación, oreja, vuelta y saludos.

Segundo.—Estudiante, negro, chico. Faraón se luce al fijarlo. Dos varas de castigo y otros tantos quites compuestos del gitano y de Rangel.

Brinda Faraón al público, y cuando intenta la faena, el toro se le cae, por lo cual abrevia. Dos pinchazos sin saltar y una entera trasera. (Aplausos.)

Tercero.—Espantero, negro entrepelao, chiquito, pero no bonito. Una buena verónica de Rangel. Dos varas, de las que sale suelto, dando lugar a un gran quite del mejicano. Este coge los palos y coloca tres pares fáciles y buenos.

Rangel se encuentra sin materia prima, y trata de aligerar después de media docena de telcazos. Dos pinchazos, llevándose el arma, y una entera a un tiempo, seguida de descabello. (Aplausos.)

Cuarto.—Cantizapas, colorado, ojo de perdiz, muy bonito; sale como los bravos, rematando en tablas. Cuatro varas moleándose y no hay quites.

Dos pares enormes de Bernal, que tiene que salir a los medios para recoger la ovación.

Brinda al público Llorente, y nos endilga una faena larga y laboriosa por no tomar el bicho la muleta. Media bien puesta, que basta. (Palmas.)

Bernal tiene que salir nuevamente para agradecer las palmadas calorosas del respe. b''

Quinto.—Marinero, negro, ancho de cuna. Salta un espontáneo, da un pose y es retirado. Buenos lances de Faraón: dos varas, que nos dejan sin toro, y un quite pinturero del kraánico.

El gitano hace una faena «gitana», con alegres pinturerías, que arrancan el alboroto, a cambio de un resplandor magnífico. Una buena estocada, entrando con muchos agallas, y el «caté» corta la oreja, da vuelta al anillo y sale a saludar.

Sexto.—Javalquinto, negro, buen tipo; el mayor de la corrida. Cuatro varas y tres quites muy creados de los tres matadores.

Vuelve a banderillar el mejicano. Tres pares de poder a poder, buenos, algo caído el último.

Faena valentona, pero sin relieve. Pinchazo sin saltar y una entera. Indiferencia y desfile aburrido.

Peso de los novillos en cántal: 186, 182, 178, 185, 211 y 209 kilos, respectivamente.

JUICIO CRITICO

Fue ésta la corrida de las «abstinencias» antes de los succulentos banquetes que nos esperan para la feria de la Merced. Fue la novillada de la buena voluntad, que se quebró por lo de siempre: por la mala calidad del ganado, pues se han empeñado en escitar nos «salda» en todas las novilladas, y el acuerdo lo cumplimentarán hasta fin de temporada.

Nos atenemos al parte oficial, y repunciamos a indagar la procedencia de los seis buretes que se despacharon esta tarde con mayor decoro que el que se merecían. Mal ganado, que sacó peor estilo.

Y fue una pena, porque los toricidas de la tema venían con ganas.

Llorente se llevó la oreja de un torazo que no tenía, faena por lo extremadamente quedado, y despachó a su segundo con mucho decoro. Debe ser un novillero puntero en perspectiva y de obligada repetición por sus buenas hechuras, que no pudieron cuajar en algo mejor.

Faraón es gitano. Con esto queda dicho que está cortado con el mismo patrón de los Cagancho, Gitanillo, Albacines y demás ilustres «calés». Pudo desfogarse en su segundo, y en el primero se alegró en alegrías en sus pinturerías genialidades. Como mató bien, le dieron todo lo que «quiso». Se impone también la repetición.

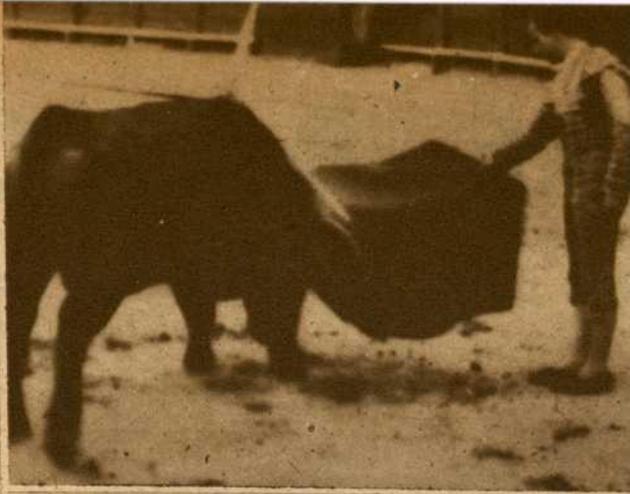
Nada nos dijo de nuevo Rangel. El mejicano lució como fácil banderillero; pero no repitió sus lances del «molino» del día de su presentación. Pudo hacer algo más con capa y muleta, y sólo logró llegar al límite de la discreción.

Mención especial para ese gran maestro de la brega y formidable rehiletero que se llama Bernal. Para él fue la ovación más calorosa de la tarde, a raíz de dos pares imponentes en el cuarto, que don Luis Suárez no hubiera tenido inconveniente en rubricar.

Y basta ya con este amargo aperitivo de la Merced, cuyas combinaciones ni el propio Balañá conoce a estas horas.



Domingo Ortega iniciando un pase natural en la primera de feria

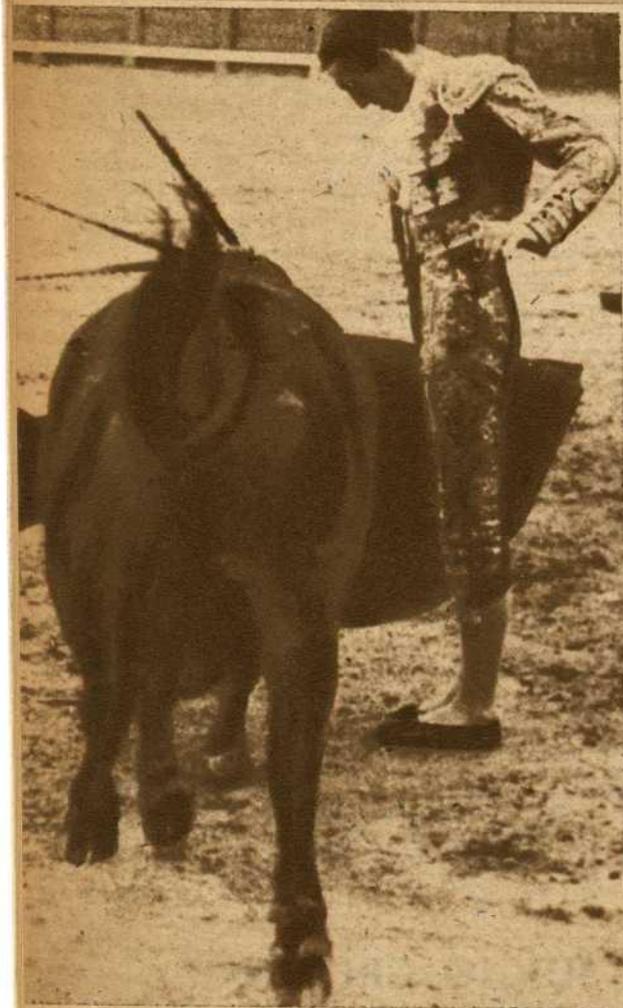


Pepe Luis Vázquez espera la arrancada del toro con un pase en redondo en la primera

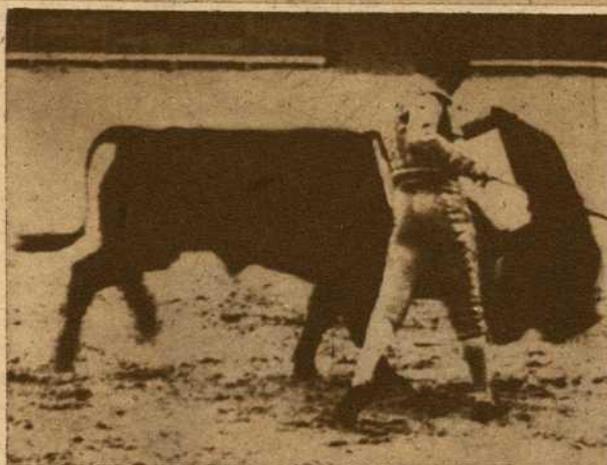


Manolete en su primer toro de la misma corrida, en un mulatazo con la derecha

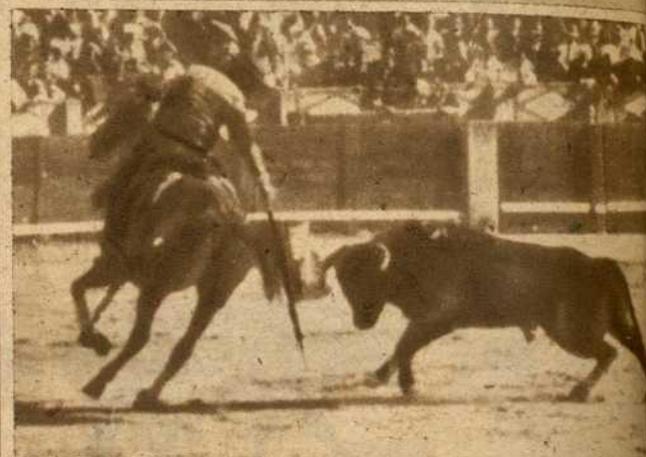
Las corridas de la feria de Salamanca



Un gran pase de Manolete en la segunda de feria, durante la faena de su segundo toro, que brindó al público



El diestro de San Bernardo en un pase de pecho al sexto toro de la segunda corrida



Alvaro Domecq, en la lidia de su toro, del que cortó la oreja. (Fotos Palomo.)



Juan Mari Pérez Tabernero después de la faena a su primer toro de la segunda corrida, del que cortó la oreja, da la vuelta al ruedo

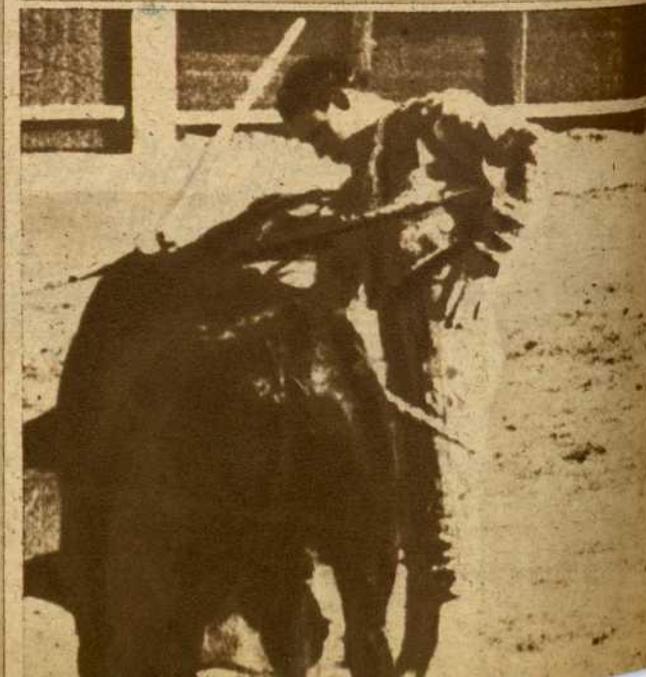
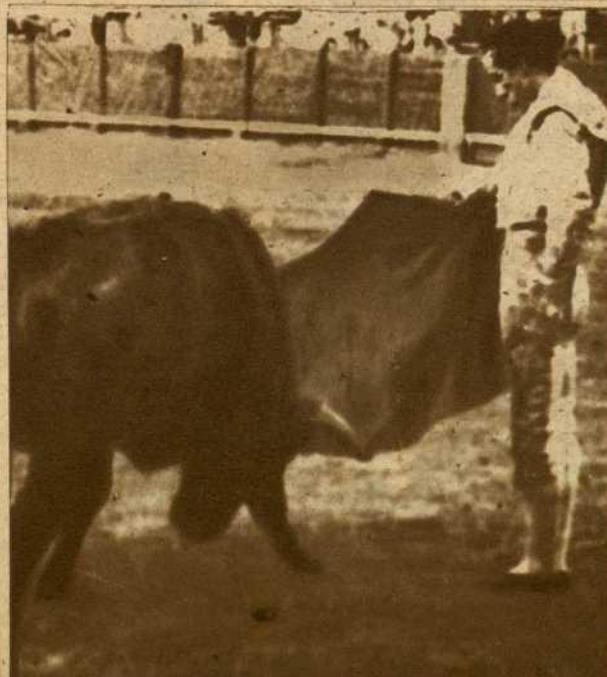
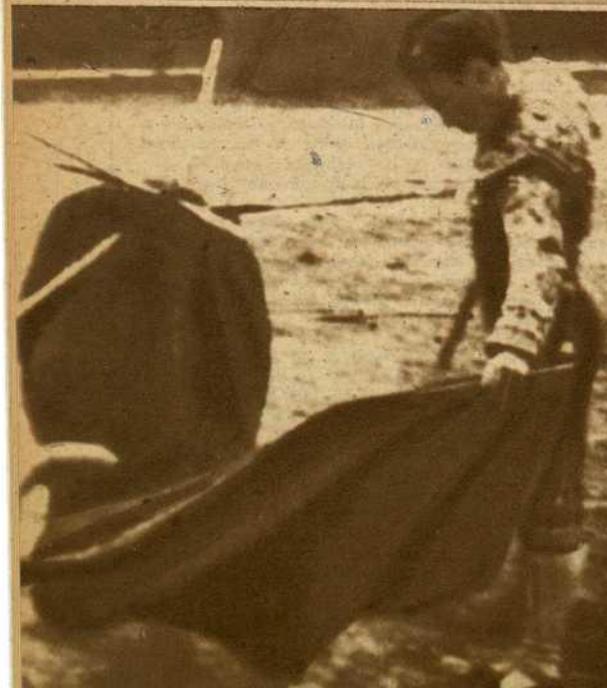


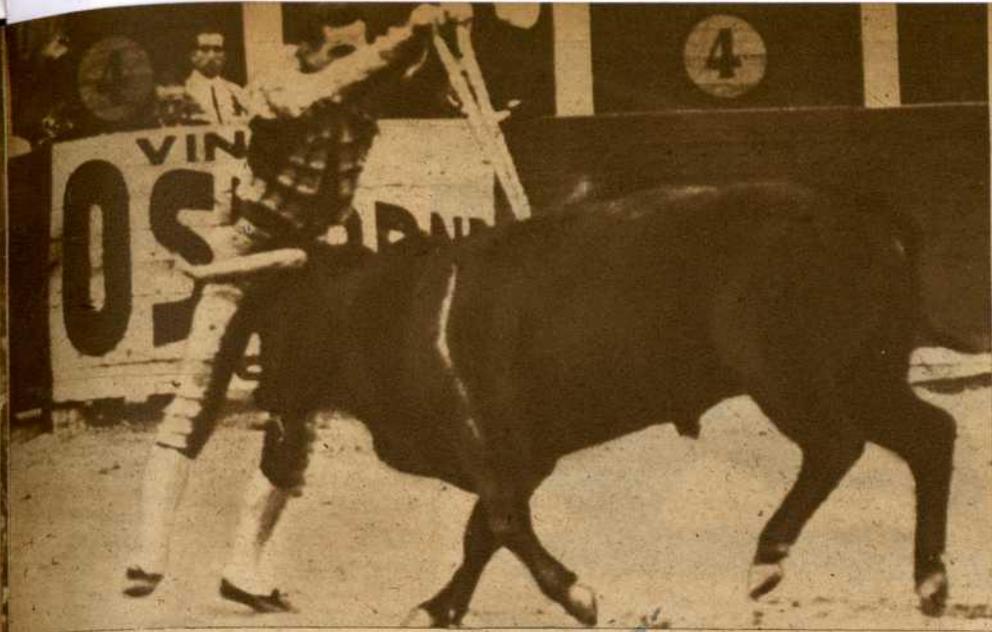
El mejicano Carlos Arruza inicia un pase por alto con la derecha en su primer toro de la tercera corrida, del que cortó la oreja

Un natural de Pepe Luis Vázquez a su primer toro, al que le hizo una excelente faena

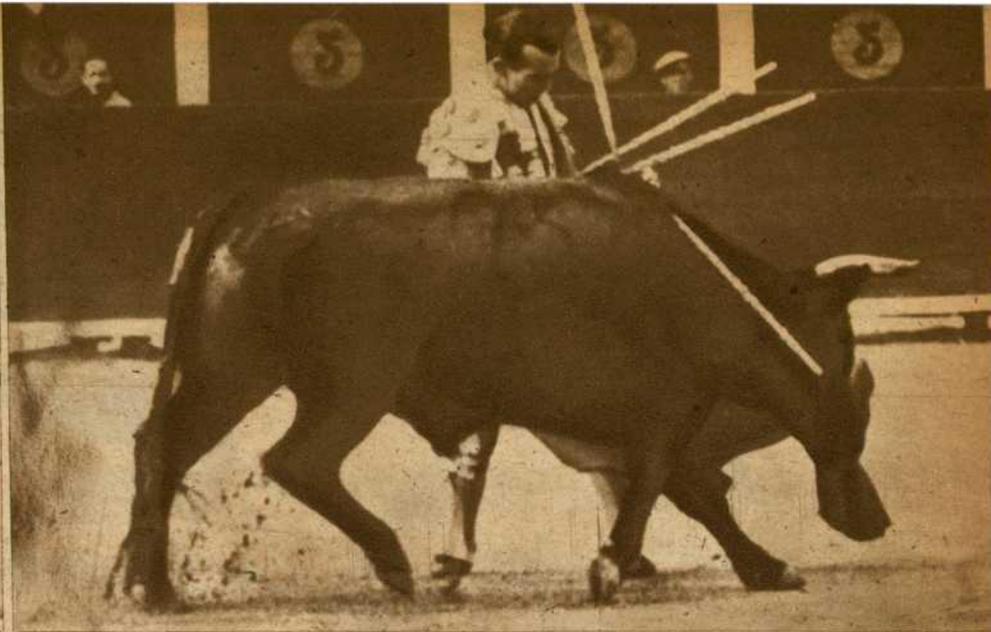
El Estudiante, al iniciar un pase con la derecha en su primero de la tercera de feria, del que cortó la oreja

El Andaluz, en un gran pase al tercer toro, que mató de una estocada hasta el puño





El arte de Arruza en la colocación de banderillas lo atestigua este magnífico par en la cuarta corrida



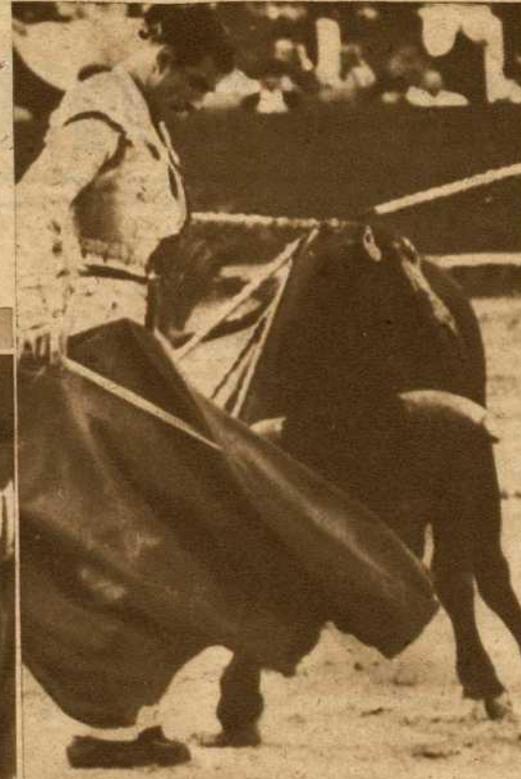
Ortega inicia la faena a su primer toro con los pases de castigo en la segunda de la feria de Albacete

Los toros en la feria de ALBACETE



La competencia de Arruza y Bienvenida en la suerte de banderillas hizo que el diestro sevillano lograra un triunfo en esta suerte en dicha corrida

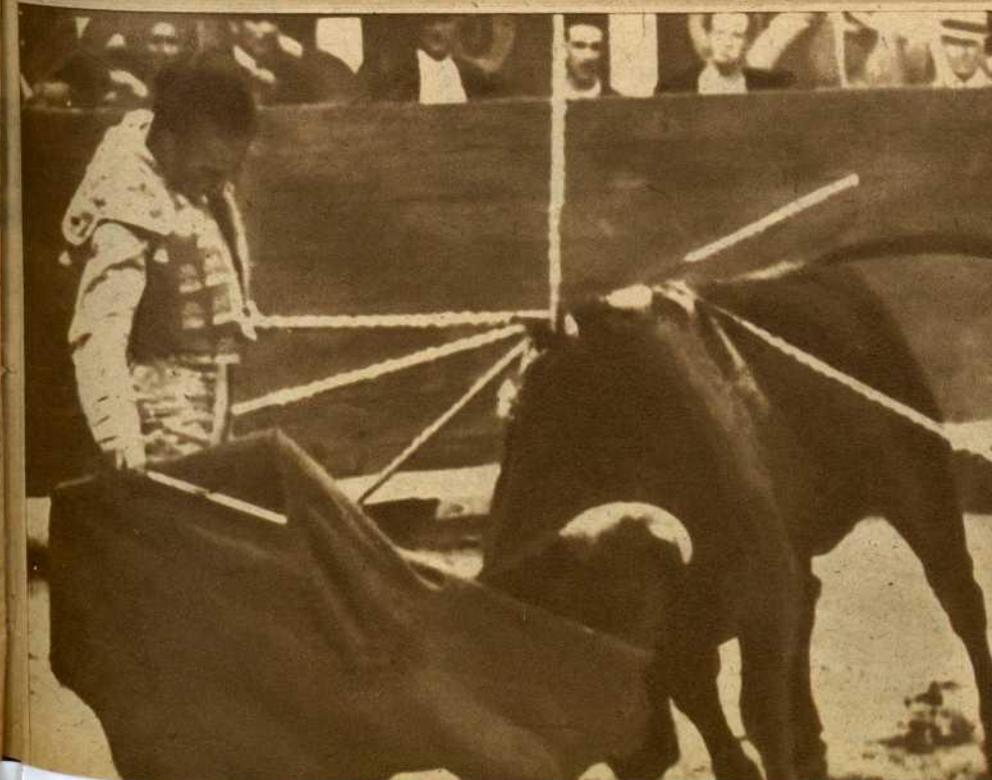
El Estudiante, que ligó una gran faena, sorprendió en uno de los pases en redondo con la derecha que efectuó en la cuarta corrida



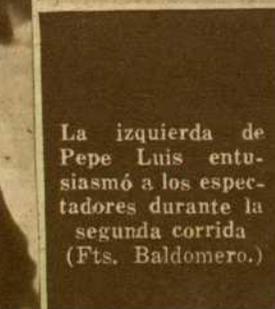
Arruza, el diestro mejicano, muy cerca del toro, en la faena que realizó con uno de los suyos en la segunda de feria



Juanito Belmonte, todo valor, se lia el toro a la cintura, cuajando unos vistosos pases en redondo

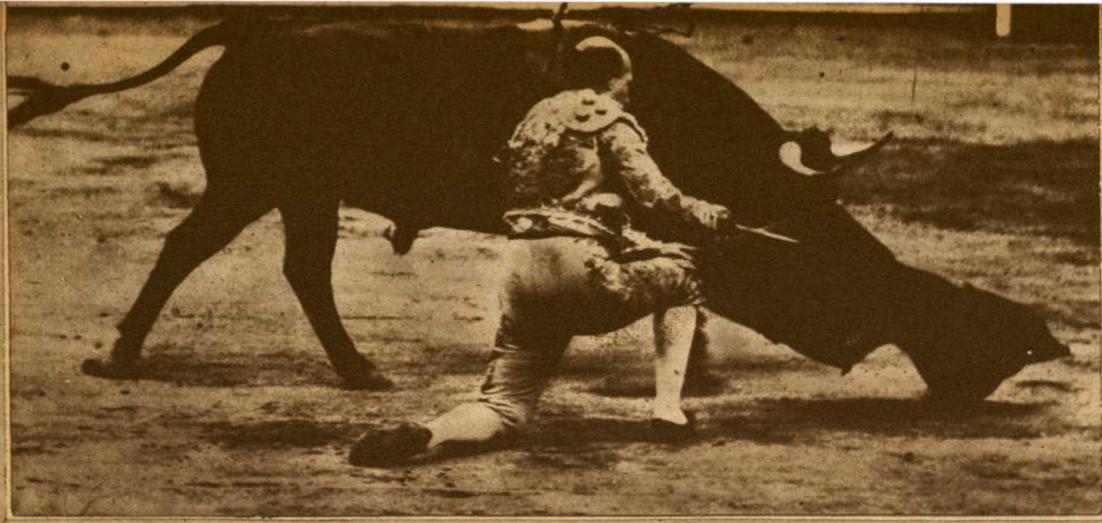


Bienvenida, el mayor de la dinastía, toreando con la izquierda en un pase de castigo de la cuarta corrida de feria



La izquierda de Pepe Luis entusiasmó a los espectadores durante la segunda corrida (Fts. Baldomero.)





Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael el Gallo

XV

AQUELLA tarde estaba Rafael con su inozo de estóques, Serrano, en cuya casa de Madrid vivió el torero toda la época de la guerra. Serrano, que entró al servicio de El Gallo después de haber acompañado a Joselito en su época de becerrista, es un archivo viviente de recuerdos de el divino calvo, y nadie como él para contar cosas del modo especial de ser de Rafael, de este no darle importancia; sobre todo en cuestiones de dinero, ni a Sevilla ni al Guadalquivir.

Era la temporada de 1926 y se encontraban ambos en la terraza de un café del Puerto de Santa María, cara al mar, que se ofrecía a El Gallo como un camino de tentación hacia la América de sus triunfos y sus derrotas. En el cuadro que se ofrecía ante sus ojos entró de pronto un gitano montado en un caballo precioso, precioso de verdad. Rafael lo vio en seguida:

—Oye, fijate qué lámina tiene ese animal.
Serrano se echó a temblar y a pedir por todo los santos que el caballo hermoso y su tostado jinete se perdieran cuanto antes de vista. Porque Serrano, que tantos motivos tenía para conocer a Rafael, comprendió que se había encañichado del bruto.

—Pero... se interpuso la fatalidad. El gitano, al ver a Rafael, se bajó del animal, fué hacia la mesa y, con grandes muestras de efusión, abrazó al maestro. Debe saberse que Rafael no conoce a todos los gitanos, pero todos los gitanos son amigos de Rafael, y en cuanto le ven se apresuran a saludarle.

—Estamos perdidos—pensó Serrano.
¿Qué peligro veía?
Sencillamente, Serrano se había de memoria a Rafael. El Gallo había dicho que el caballo tenía bonita lámina y esto significaba un noventa por ciento de probabilidades de que la bestia pasara a ser de su propiedad.

Y pasó. ¡No iba a pasar! Cuando se deshizo el abrazo, El Gallo le dijo al gitano:

—Bonito caballo llevas.
—Sí que es majo.
—Véndemelo.
—No puede ser. No es mío.

Serrano respiró satisfecho. Creía que se habían salvado. Rafael hizo un gesto de contrariedad. Fué sólo un segundo. En seguida encontró la solución:

—Que venga tu amo.
El amo no estaba por allí. No estaba ni siquiera en el Puerto de Santa María. Fueron por él. Y como se trataba de Rafael, hizo el viaje.
—Véndeme el caballo.
—No lo vendo.

Que sí, que no, que no, que no, que sí, que este bicho es una joya que no se paga con nada, que pídemelo lo que quieras...

—Mira que te voy a pedir seis mil pesetas.

—Mio es! Dale a este amigo veinticuatro mil reales, Serrano.

—Perola.

—Veinticuatro mil reales, hombre!

Cobró el dueño y se quedó el gitano a la guarda de la bestia.

—Mira—lo dijo Rafael—, el 28 toreo en Sevilla. Llévame allí y toma nota del gasto.

La nota demostró más tarde que el caballo se desayunaba con caviar y almorzaba langosta a la americana. Lo malo es que Rafael no quería saber nada. Serrano le había dicho:

—Rafael, que ahí está el animal que compramos el otro día.

—¿Qué animal?

—El de Puerto de Santa María.

—¿Que se vaya el caballo a los demonios! ¡Ni me lo nombre! ¡Siquiera!

—Pasó la corrida. El diestro había quedado bien y Serrano aprovechó el momento:

—Oiga, maestro, ¿qué hacemos con el caballo?

—No te he dicho que no quiero saber más de él! ¡Que lo quemes, hombre!

Y no supo más. Serrano le pagó al gitano una cuenta como si caballo y caballero hubieran estado de huéspedes en un hotel de lujo. Cogió el caballo de la brida y se fué por Sevilla a ver quién quería hacerse cargo de aquello. Por dos mil quinientas pesetas lo vendió. No había perdido Rafael más que tres mil quinientas y las costas, que eran casi de tanto va.or como las de Levante.

De detalles así, un centenar. Para muestra, éste y hasta.

—¿Adónde han ido a parar todos los millones que ganó usted, Rafael?

—¿Cualquiera sabe! Como los billetes no son, en definitiva, nada más que papel, se los llevó el aire.

—Y no siente el haber tirado, no una, sino varias fortunas?

—No se tira nada. Todo lo recogen. El dinero va de una, manos a otras, y eso es todo.

—Es que usted pudo retener algo, guardar para el día de mañana, o sea para hoy...

—Guardo... recuerdos y duermo sin remordimientos. No tengo queja de la existencia que he llevado. He vivido lo mío y he visto todo lo que hay que ver por la España y por las Américas y por todas partes.

—No obstante, si tuviera usted que empezar de nuevo...

—¿Qué animal?

—El de Puerto de Santa María.

—¿Que se vaya el caballo a los demonios! ¡Ni me lo nombre! ¡Siquiera!

—Pasó la corrida. El diestro había quedado bien y Serrano aprovechó el momento:

—Oiga, maestro, ¿qué hacemos con el caballo?

—No te he dicho que no quiero saber más de él! ¡Que lo quemes, hombre!

Y no supo más. Serrano le pagó al gitano una cuenta como si caballo y caballero hubieran estado de huéspedes en un hotel de lujo. Cogió el caballo de la brida y se fué por Sevilla a ver quién quería hacerse cargo de aquello. Por dos mil quinientas pesetas lo vendió. No había perdido Rafael más que tres mil quinientas y las costas, que eran casi de tanto va.or como las de Levante.

De detalles así, un centenar. Para muestra, éste y hasta.

—¿Qué animal?

—El de Puerto de Santa María.

—¿Que se vaya el caballo a los demonios! ¡Ni me lo nombre! ¡Siquiera!

—Pasó la corrida. El diestro había quedado bien y Serrano aprovechó el momento:

—Oiga, maestro, ¿qué hacemos con el caballo?

—No te he dicho que no quiero saber más de él! ¡Que lo quemes, hombre!

Y no supo más. Serrano le pagó al gitano una cuenta como si caballo y caballero hubieran estado de huéspedes en un hotel de lujo. Cogió el caballo de la brida y se fué por Sevilla a ver quién quería hacerse cargo de aquello. Por dos mil quinientas pesetas lo vendió. No había perdido Rafael más que tres mil quinientas y las costas, que eran casi de tanto va.or como las de Levante.

De detalles así, un centenar. Para muestra, éste y hasta.

—¿Qué animal?

—El de Puerto de Santa María.

—¿Que se vaya el caballo a los demonios! ¡Ni me lo nombre! ¡Siquiera!

—Pasó la corrida. El diestro había quedado bien y Serrano aprovechó el momento:

—Oiga, maestro, ¿qué hacemos con el caballo?

—No te he dicho que no quiero saber más de él! ¡Que lo quemes, hombre!

Y no supo más. Serrano le pagó al gitano una cuenta como si caballo y caballero hubieran estado de huéspedes en un hotel de lujo. Cogió el caballo de la brida y se fué por Sevilla a ver quién quería hacerse cargo de aquello. Por dos mil quinientas pesetas lo vendió. No había perdido Rafael más que tres mil quinientas y las costas, que eran casi de tanto va.or como las de Levante.

De detalles así, un centenar. Para muestra, éste y hasta.

—¿Qué animal?

—El de Puerto de Santa María.

—¿Que se vaya el caballo a los demonios! ¡Ni me lo nombre! ¡Siquiera!

—Pasó la corrida. El diestro había quedado bien y Serrano aprovechó el momento:

—Oiga, maestro, ¿qué hacemos con el caballo?

—No te he dicho que no quiero saber más de él! ¡Que lo quemes, hombre!

Y no supo más. Serrano le pagó al gitano una cuenta como si caballo y caballero hubieran estado de huéspedes en un hotel de lujo. Cogió el caballo de la brida y se fué por Sevilla a ver quién quería hacerse cargo de aquello. Por dos mil quinientas pesetas lo vendió. No había perdido Rafael más que tres mil quinientas y las costas, que eran casi de tanto va.or como las de Levante.

De detalles así, un centenar. Para muestra, éste y hasta.

—¿Qué animal?

—El de Puerto de Santa María.

—¿Que se vaya el caballo a los demonios! ¡Ni me lo nombre! ¡Siquiera!

—Pasó la corrida. El diestro había quedado bien y Serrano aprovechó el momento:

—Oiga, maestro, ¿qué hacemos con el caballo?

—No te he dicho que no quiero saber más de él! ¡Que lo quemes, hombre!

Y no supo más. Serrano le pagó al gitano una cuenta como si caballo y caballero hubieran estado de huéspedes en un hotel de lujo. Cogió el caballo de la brida y se fué por Sevilla a ver quién quería hacerse cargo de aquello. Por dos mil quinientas pesetas lo vendió. No había perdido Rafael más que tres mil quinientas y las costas, que eran casi de tanto va.or como las de Levante.

De detalles así, un centenar. Para muestra, éste y hasta.

—¿Qué animal?

—El de Puerto de Santa María.

—¿Que se vaya el caballo a los demonios! ¡Ni me lo nombre! ¡Siquiera!

—Pasó la corrida. El diestro había quedado bien y Serrano aprovechó el momento:

—Oiga, maestro, ¿qué hacemos con el caballo?

—No te he dicho que no quiero saber más de él! ¡Que lo quemes, hombre!



El dinero se lo lleva el aire...

—Si tuviera que empezar de nuevo, haría exactamente lo mismo. Cada uno es como es.

—Joselito no era así.

—Por eso. Cada cual tiene su carácter y José tenía el suyo.

—Es que ahora podría usted ser rico...

—Soy rico en... simpatías. Igual que mi padre, que se gastó también todo lo que ganó.

Todo lo que ganó el señor Fernando se fué, en efecto, del mismo modo alegre e incomprensible que se le fué a Rafael. El aire se lo llevó. Las fiestas que daba en la casita de Gelves y la escuela taurina que allí mismo fundó fueron, en este aspecto, los huracanes de su fortuna. Cuando murió el señor Fernando, El Gallo fué el sostén de la familia. El los sacó adelante a todos. Lo que ganaba en su profesión se lo entregaba íntegro a la señora Gabriela. Cuando la madre murió, El Gallo se quedó sin administración. El dinero le venía y se le iba sin que él se preocupara gran cosa del destino de lo que repartía a manos llenas, después de haberlo ganado en la gran ruleta de la plaza, en el juego de vida o muerte. Los dineros volaban al viento de su capricho.

Su generosidad era—¡ay!, y es—¡inagotable. Siempre iba mucha gente a su lado. Si toreaba en Málaga o en Cádiz, allá se iban con él veinte o veinticinco personas, contumaces del gorroneo, que al salir ya iban en la seguridad de que tenían todos los gastos pagados. Ser amigo de Rafael ha sido para algunos avisados una profesión bastante lucrativa. Y, contra lo que se ha dicho, en lo que podemos llamar su equipo, no han figurado nunca ni cantadores ni graciosos profesionales, lo que no quiere decir, naturalmente, que no se arancara alguno a cantar por gusto y que no se gastaran algunas chufas...

En la opulencia o en la nada, Rafael es siempre el mismo. Cuando Pagés lo trajo de América para torear treinta corridas, puso como condición que al Almanseño, que le había acompañado en sus épocas buenas y malas por aquellas tierras, se le costeara un pasaje de la misma clase que el suyo. Y en primera de primera, y con veinte mil pesetas que le giró Pagés, se embarcaron El Gallo y Almanseño rumbo a España. Poco antes de llegar, Rafael puso un telegrama para que le llevaran a Cádiz cuatro sombreros anchos. Se los llevó Pinturas, que subió con Gómez de Velasco, como representante de Pagés, al barco. Al barco, donde hubo que pagar las deudas que Rafael había contraído durante la travesía. Gómez de Velasco estaba loco.

—Pero en qué se ha gastado las veinte mil pesetas que se le han girado, Rafael de mis pecados?

—En cosas. Chucherías para la familia, dos mil puros que traigo y esto brillante...

—Un brillante así de gordito.

—¿Lo ve usted? Un brillante fetén. Yo tenía que volver a España con de coro.

—¿Qué es el dinero? Para El Gallo no es otra cosa que papel más o menos bonitamente impreso. Papel para que se lo lleve el aire. Con dinero o sin dinero, Rafael nunca ha perdido su empaque de gran señor. Sin dinero, se alojó en los grandes hoteles internacionales, y con dinero se fué, a lo mejor, a una fonda de tercera. Su capricho y nada más. Si hubiera tenido en un momento dado bastantes papillitos, las cataratas del Niágara hubieran sido suyas y, pasado el capricho, se las habría regalado al primero que se las pidiera...

—Tienes que ser padrino del chico, Rafael.

—Bueno, hombre. Busca los artistas. Que sea una cosa bien.

El último chaval de Serrano. Canta Juan Varea. El Gallo no acaba de estar contento.

—Vete a buscar a Cepero y por cada copla le das veinte duros.

—¡Rafael! ¡Que va a hacer falta el Banco de España!

—¡Veinte duros por copla y no hables más!

Cepero fué encontrado. Cepero cantó y Cepero... cobró. Esto es lo maravilloso en una época—1935—en que Rafael no era Rothchild precisamente. En plena fiesta, El Gallo lo pensó mejor y se fué a acostar. A la cama fué a verle Serrano. Los jaleadores del bautizo esperaban e otra habitación.

—Maestro, ahí están esos, que quieren cobrar.

—¿Esos? ¿Quiénes son esos?

—Cepero y compañía. ¿Qué les digo?

—Diles que me alegro mucho que se hayan divertido. La alegría es muy sana.

—Si es que vienen por lo suyo.

—Pues que vuelvan mañana. Déjame dormir ahora, que me estoy cayendo.

Eran las doce. A las siete volvió Serrano a la carga.

—Maestro, ¿le parece a usted que liquidemos con los artistas?

—Claro, hombre. ¿Por qué no lo has dicho antes? Dale cinco o seis durillos a cada uno. ¿Pero no los habías pagado esta mañana? Anda, arrégalo como quieras.

Serrano les pagó los cinco o seis durillos más lo que él puso de su bolsillo. Y El Gallo se volvió a dormir.

Con la misma sencillez hubiera dicho:

—Dales la Giralda y la Torre del Oro, que se las repartan como puedan y que se vayan con Dios.

—¿El dinero?

Papel al viento...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



El arte y los toros

JOSE CHAVES ORTIZ, el pintor sevillano de asuntos taurinos

Dedicó su afición
a exaltar la fiesta
en aquellas láminas
inconfundibles de es-
tilo y procedimiento
impresionista

Por MARIANO S. DE PALACIOS

Se inicia la segunda mitad del siglo XIX, cuando José Chaves y Ortiz empieza sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. Son los años en que el romanticismo aflora triunfador en nuestra Patria ante la influencia dominadora, que ya desde hace años se deja sentir en la Europa melancólica y entristecida por tanto suspiro amoroso y tantas pasiones juveniles truncadas conscientemente por aquel placer masoquista de sufrir que en uno de sus libros nos hablaba el gran cuentista Hernández Catá. España no puede sentirse extraña del mal dominador de la "enfermedad del siglo", y al fin sucumbe febril y angustiada por el contagio, que ha hecho de ella una de tantas dolientes ante la melancólica añoranza de la muerte de Werther, una de las primeras víctimas literarias del romanticismo. Con este panorama nacional, Chaves y Ortiz empieza sus estudios pictóricos en aquella Sevilla, en la que si hubo de nacer Gustavo Adolfo Bécquer, primoroso autor de las leyendas y de las rimas, también había de venir al mundo su hermano Valeriano, pintor costumbrista, folklorista de la pintura—permítaseme la aplicación de la frase—, que recoge el ambiente popular, el tono, los modos y maneras de los pueblos españoles, plétóricos de luminosidad y color en sus costumbrismos peculiares y localistas.

Chaves fué un pintor, una notable figura de aquella generación de artistas que en las postrimerías del pasado siglo tanto influyeron en el arte español de los últimos tiempos. Mas, ¿cómo fué que este artista, al que se deben trabajos de mérito, obras tan dispares en su concepción y ejecución como los cuadros de San Pedro Nolasco y el de Santa Rosa de Lima, que en 1881 y 1883, respectivamente, realizó para la capilla de la cubana ciudad de Santa Clara, hubo de dedicarse con mayor entusiasmo y fecundidad a la labor de asuntos taurinos? ¿Cómo es que aquél que empezó pintando el techo del teatro de San Fernando de su ciudad natal, y el de la iglesia de San Miguel, posteriormente capilla de San Gregorio, que realizó innumerables retratos, se consagró por último a las composiciones de tipos y escenas de la fiesta de toros? Si es verdad que en esa labor del retrato llevó a efecto el del duque de Montpensier, el de Lope de Rueda, fray Bartolomé de las Casas, Nicolás Antonio, Magallanes, etc., pero no olvidó incluir, acaso por inclinación temperamental de su selección pictórica, aquel del matador de toros Manuel Domínguez, en el que Chaves parece que quiso deleitarse con su composición, como si al realizarlo sintiera el inefable deleite del regusto, por aquello que le hiciera recordar su innata afición torera que hizo más tarde derivar su dedicación a un tema con el que había de lograr precisamente su nombradía y popularidad. Mas, ¡ay!, hemos dicho que Chaves era sevillano y con eso está dicho todo. Era sevillano y había nacido en una época en que el torero estaba en auge y del que se había hecho no ya un arte, que siempre lo fué, sino un rito, una religión en la que sus mantenedores eran ídolos profanos a los que la gente rendía el vasallaje de una admiración sin límites, que acaso radicaba y tenía su base en la emoción escalofriante que hacían nacer, en el arte y destreza que ponían en la realización de las faenas, mantenedoras de una tradición y por el íntimo agradecimiento al cultivar y sostener un espectáculo artístico tan arraigado en las costumbres y aficiones de nuestro pueblo. Por eso, por propia inclinación, porque la sangre sevillana, calenturienta y gitana, bullía en sus venas, Chaves y Ortiz—no lo confundamos con otros Chaves y Pérez del Pulgar (Rafael y Federico), también pintores—hubo de dedicar su arte a recoger y exaltar la fiesta española, de la que tan devoto se sentía por español y, por añadidura, sevillano. Devoción que en 1868—tenía Chaves entonces veintinueve



Un reserva esperando el momento. (Dibujo de Chaves. Año 1883.)

años—hizo realizar aquellas seis formidables láminas en "Anales del torero" y aquellas otras veinte, asintaxis admirable de los toros, en el álbum "Fiesta española", que, como el que realizó Perea, hubo de venderse como el pan bendito, según frase vulgar de todos los tiempos. Esto unido a su frecuente colaboración gráfica y periodística en "La lidia" y en "La nueva lidia"—sólo para el primer semanario dibujó 67 láminas—colocaron a José Chaves y Ortiz entre los más brillantes pintores taurómicos de aquellos tiempos, polifacético en sus distintas maneras de crear y conseguir el arte, que hoy, pasados no pocos años, nos sirve todavía de deleite, cuando no de enseñanza, marcando no sólo un período netamente torero, sino también un estilo y procedimiento impresionista a tono con una época que llega a nosotros, ¡ay!, revestida de una aureola no se sabe si de cierto romanticismo o de determinada elegancia

torera. De aquellos días de tronío y majeza, de algarabía toreril en las calles de las Serpes de la bella ciudad del Betis, o en la de Alcalá o en la de Sevilla madrileñas, época en la que los toreros eran toreros, aunque parezca una redundancia el decirlo, las mujeres de pafolón o de mantilla sentían, adornando la barrera o tendido, la afición torera—aun no habíase importado el fútbol—y la fiera hacía honor al apelativo y a la tradición ganadera, mientras Lizcano, Perea y Chaves pintaban asuntos toreros con aquella facilidad de impresionistas y aquel gracejo en algunos, que era al fin y al cabo una forma gráfica precursora de lo que se ha dado en llamar humorismo. Corren los últimos años del siglo cuando Chaves, sevillano cien por cien, como damos en decir ahora, dejaba que sus dibujos sobre la fiesta de toros fueran como una válvula de escape de su gran afición contenida...



“RESPECTUOSAMENTE EXPONE...”

Por JOSE CARLOS DE LUNA



La crónica de hoy es una especie de solicitud; un memorial que, con todo respeto, elevamos al superior conocimiento, por si puede tomarse en consideración.

No nosotros, aunque diéramos alguna puntada de aprendiz del gremio de exaltaciones, sino una profusa y doctísima literatura con marchamos académicos muchas veces; mil millones de metros cúbicos de revistas taurinas al correr de los años, en pista ya de siglo y medio; intervenciones parlamentarias; preocupaciones en Gobernación; leyes y reglamentos, peñas, casinos, sentimentalismos por tangos... y, sobre todas estas cosas, las tradicionales ferias, motivos de pragmáticas y privilegios rodados, que se mantienen gracias al fuego sagrado o fatuo de sus corridas de toros, por de mogollón que se las organicen y despliencen con que se ejecuten; todas estas cosas, en fin, demuestran sin distinción ni titubeos la calidad y cualidad popular del espectáculo, ya consagrado por respetable pluma como el *más nacional*, no a modo de cimbel de garabatos, sino a consecuencia de nuestra idiosincrasia, sólo refrenada en aras de la valentía, del arte y del colorismo.

Recuérdase el *Vicharacho*—que vale por un curso de psicoanálisis— tan concreto en sus dos preguntas, parejas en vacuidad, y cuyas respuestas, engarzada una en la ilusión y la otra en el desmadejamiento, atestiguan la índole de la fiesta; ¡válvula de expansión de estos nervios españoles, que plantean la cuestión de honor!, o el “¡Salga usted a la calle!”, en menos que canta un gallo y por quitame allá esas pajas.

—¿Adónde vas?

—¡¡¡A los toros!!! ¡¡¡A los toros!!!

—¿De dónde vienes?

—... De... los... toco... ros.

Pues el espectáculo más nacional va a grandes empujones saliendo de su quicio para convertirse en el más caro de cuantos puedan organizarse para el recreo de las clases adineradas, desequilibrio de las pudientes, ruina de las modestas y *suplicio de Tántalo* de las humildes, las más necesitadas de descargar su electricidad negativa en el positivismo de una fiesta que se constituyó sobre columnas de su propia cantera, y que muchas veces las ve llegar a las nubes. Por esto se enorgullece de su salsa—¡tan picante!—, estimulando a currutacos y damiselas, que encontraban en su sabor los máximos exponentes de la hombría y la sal gorda que sazónaba la fioreza del rapé almizclado.

¡Todo se fué a hacer gárgaras! Ya no se bebe en las tascas a la salud de los astros coletudos; ni se torea de salón, con la mano abierta, en las tertulias de los tupis

de barrio; ni los chavvas juegan al toro bajo las acacias en placitas provincianas; ni en los cafés céntricos se exhiben aquí las reuniones de toreros de cartel, ganaderos de postín y aficionados de campanillas.

El zagaloncete cenceño y cetrino que nos decía al bajar del coche en el campás de la Plaza: “Z florito; ¡que me faltan seis gordas pa una andaná de só! ¡Por los ojos de la señorita guapa, démelas usted!”

Aquel zagaloncete, que podía ser con el tiempo un matador de cartel si quiere hoy completar el dinero para su entrada de sol tendrá que darle coba al director de un Banco y recorrer toda esa senda de burocrática tramoya, tan sabiamente estudiada como conscientemente mantenida.

Claro está que el negocio ganó en categoría. La industria tauromáquica elabora hoy artículos de lujo, y está olvidado que nada deja tanto beneficio como el comercio con la vanidad humana.

Ya lemos, transcritas las palabras de un famoso empresario, que los días de sus espectáculos usaba como amuletos un brillante enorme y una varita. ¡Todo un símbolo! El espejuelo que pasma a la alondra para el cañazo que la alicorta. Y que nos perdone la sugerencia sin agrura. ¡Por qué íbamos a tenerla! Le deseamos un aderezo y un poste telefónico, aunque creemos que hizo mal confesando un secreto tan costoso, porque el público ¡no puede ya con la carga!

¿No podría estudiarse la manera de que el espectáculo más nacional dejara de ser el más caro?

¿No parece casi un insulto condenar al pueblo, en su propia casa y abusando de sus ferias, a no pisar la Plaza de Toros, confiando el lleno al turismo?

Si el camino que las corridas siguen en la actualidad es el de una depurada quintaesencia, vamos a ser formales y a no enharinar pescadillas con polvos de talco, ni a sahumarle las ganancias a comerciantes de ruedos y taquillas con la fátara sabrosa de la popularidad y del salero, ni a hacerles coro de flamencos, y castizos porque paguemos barreras a cien duros y zaqueemos detrás de éste o de aquel diestro quitándole motas del traje y escrupulos a la afición.

Los tendidos se tiñen de colorines: es la feminidad que los desborda, porque la mujer moderna no se asusta ya de los ratones ni tema las tragedias de los utereros. El zapato tanque y las gafas negras les prestan ciertas seguridades, que ellas aprovechan graciosamente.

Todo es ya en los públicos de toros comedia, miento, mesura, análisis matemático, teoría de la relatividad y orange.

El público de la fiesta más nacional—el de rompe y rasga!, es lo mismo—se quedó en Jose-lito y Belmonte. ¡Que no le vayan con cuentos! Paladea sus recuerdos entre sorbos del mismo tintorro de antaño y juega de vez en cuando un decimito de tres pesetas o dos reales en las extra-

ordinarias, por si les toca el gordo, ver eso que dicen de torear sin mirar, firmar con la muleta “con rúbrica y tó” y otras preciosidades que no tienen nombre todavía.

...

Suplicamos respetuosamente, por el bien del espectáculo más nacional, que se va por la posta de lo innominado, que las entradas de sol no pasen de las doce pesetas ni las de sombra de veinticinco.

La clase media y la productora lo agradecerán a vuercencia, cuya vida guarde Dios muchos años...

Nota sobrentendida: El precio de las localidades será estimado por las Empresas con arreglo al presupuesto de sus gastos.

Otra nota, también sobrentendida: Los apoderados de los matadores de toros se obligan a adquirir los brillantes y junquillos necesarios y suficientes para que ningún organizador o empresario carezca del beneficioso influjo de estos amuletos, ya inteligentemente comprado.





COMO VIVIA UN TORE RO EN EL SIGLO XIX

Salvador Sánchez "Frasuelo" y su familia

Por M. BARRERA ARCHIDONA



S onaba el escritorio de mi abuelo—un severo mueble isabelino, en caoba—estuvo colgado durante muchos años un cuadro, con ancho marco dorado. Dentro un cartel de seda azul, llevando en el centro un grn retrato de El Negro.

A un lado, una gruesa trenza de cabellos entrecanos. Se trataba de un recuerdo—inapreciable para él—de la retirada de Frasuelo, que había sido su ídolo en los ruedos, y con el que le uniera siempre una amistad estrechísima y sincera que se hizo extensiva a ambas familias.

De esta amistad conservo recuerdos muy vagos, reforzados por las constantes referencias que de ello hacían mis familiares, y en los cajones olvidados de algún mueble se encuentran todavía rancios retratos que lo proclaman y que se han salvado. ¡Dios sabe por qué avatares! de los estragos del tiempo y de los desastres de la guerra.

Frasuelo estaba casado con una dama de oronda belleza, doña Manuela Álvarez, a quien aun recuerdo, vieja, llorosa y enlutada en el duelo de su esposo. El lidiador no había ido a buscarla a la burguesía ni aun a la aristocracia, como más tarde hicieron otros toreros, sino que doña Manuela era hija de un pescadero que tenía escajóns en la plaza del Carmen. Pero, según mi tía, que aun la recuerda con emoción: «Era persona de buen gusto y no carecía de educación, sabiendo estar siempre en su sitio».

Cuando Frasuelo toreaba, doña Manuela, que tenía en su casa un magnífico oratorio con una Virgen de la Paloma coronada de plata y oro, encargaba a una florista de la calle de San Sebastián el adorno del altar, que resplandecía de luces y de flores y ante el que la esposa permanecía postrada, con extraordinario fervor, durante todo el día.

La noche se solemnizaba con un banquete espléndido, en el que se lucían finísimas cristalerías de Baccarat, vajilla de plata labrada y mantelerías de encaje antiguo.

Doña Manuela era ostentosa como una dama del Renacimiento. Siempre vestía de negro—como discretamente aconsejaba su voluminosa belleza—y cada domingo estrenaba un vestido magnífico (palabras de mi tía, cuya adolescencia quedó para siempre pasmada por aquel lujo inaudito), algunos profusamente adornados de abalorios. Desde por la mañana lucía joyas fastuosas.

—Cuando doña Manuela salía «de compras»—sigue diciéndome mi tía—, «se echaba» en el bolsillo tres o cuatro mil duros y se los gastaba hasta el último céntimo, porque decía que le ponía nerviosa volver con dinero a casa.

Encargaba calzado para ella y sus dos hijas, Manolita y Felisa, en varias zapaterías para que fueran a probarlo, y a veces se tenían que quedar con todos los pares, porque al ir a devolver los que no servían ya no se sabía de qué zapatería eran.

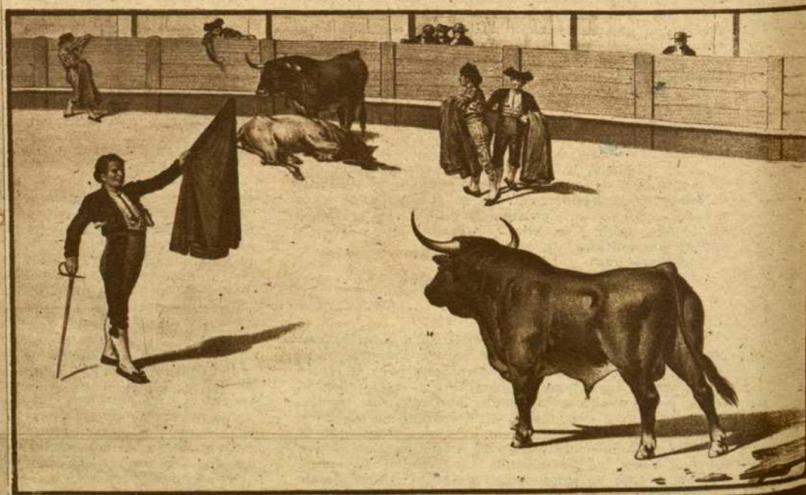
Las telas venían por fardos de Rentería, donde las compraba doña Manuela, que pasaba en Fuenterrabía todos los veranos, y se amontonaban y quedaban olvidados en los armarios enormes de la casa.

—Los viajes hasta Fuenterrabía tenían carácter de epopeya. Como los trenes en aquella época no llevaban restaurante, doña Manuela se hacía preparar complicadas meriendas en las que no faltaban las perdices escabechadas—que era uno de los platos predilectos de la familia—, las alcachofas rellenas de jamón, con abundante y sustanciosa salsa; los pollos con tomate, amen de jamones y salchichones enteros que las dos hijas de Frasuelo, que eran de una voracidad ejemplar, pelaban como si fueran plátanos y se comían a mordiscos.

En invierno, Frasuelo y su familia vivían en el campo, en una finca que Frasuelo había comprado en Torrelodones y que lindaba con otra muy extensa que poseía en «Salpazar». Aquella finca, igual que la casa de Madrid, estaba amueblada y alhajada con lujo extraordinario.

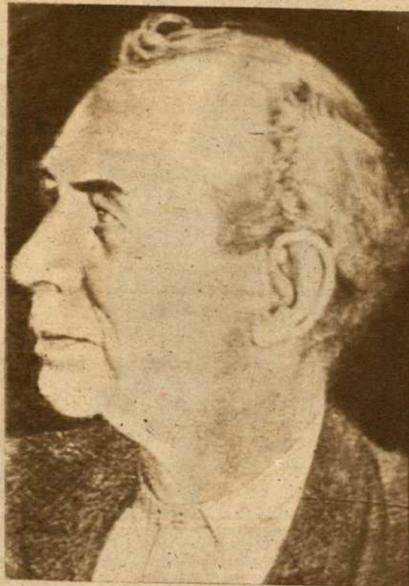
Todas las colchas eran de Manila, y los juegos de lavabo, de plata labrada.

Algunas veces pasaban dos o tres meses en otra finca que tenían en Moralzarzal. Mis abuelos, mi madre y mi tía pasaron largas temporadas con ellos, y cuando la temporada taurina comenzaba, el abuelo iba siguiendo a Frasuelo por todas las Plazas donde toreaba, como era frecuente en los



Frasuelo citando para torear al natural. (Cuadro de Chaves.)

grandes aficionados de la época, que llegaban a arruinarse por su ídolo correspondiente. En Madrid, las hijas de Frasuelo pasaron a veces más de una semana en casa de mi abuelo, y mi madre y mi tía se iban después con ellas a casa de Frasuelo para pasar otra temporada. Esto, dentro de la severas costumbres de la época, que prohibían que una muchacha pasara—sin causa grave—una noche fuera del domicilio de sus padres, demuestra la amistad profundísima que unía a las dos familias.



Una de las últimas fotografías de Frasuelo.

—Salvador y doña Manuela—me dice mi tía siguiendo el hilo de sus recuerdos—nos quisieron regalar una vez a tu madre y a mi unas pulseras y cintillas de brillantes que nos habían traído de uno de sus viajes, y a la abuelita unos pendientes magníficos; pero mis padres no consintieron aceptarlo, ni cualquier otro obsequio de valor al que ellos no pudieran corresponder en igual forma. Ellos no se explicaban aquellos miramientos y casi se ofendieron, porque el dinero, para ellos carecía de valor. ¡Figúrate! Cuando ya Salvador se retiró definitivamente de los toros, se fueron a vivir a Torrelodones. Y en tanta estima tenían a los abuelos, que cuando quitaron la casa de Madrid enviaron a casa dos o tres baúles colmados de riquezas. Tenían una caja de caudales que quiso comprar mi abuela y ellos se la enviaron regalada, advirtiéndole que tendría que hacer arreglar la cerradura, porque hacía mucho tiempo que no se abría y se había oxidado. Así lo hizo mi abuela, y al abrirse la caja se encontró dentro de ella un verdadero montón de cubiertos de plata. Al comunicárselo a doña Manuela, ésta le dijo que ni siquiera los había echado de menos.

Otra vez, atravesando mi abuela el patio de la finca de Moralzarzal, se encontró tirado en el suelo un rollo de billetes de mil pesetas. Se habían caído del pródigo bolsillo de doña Manuela, que tampoco se había dado cuenta de nada.

—¡Qué tiempos!—comenta mi tía con un largo suspiro—. Al hacer la mudanza, la abuela fué a ayudar a doña Manuela y fué la encargada de desocupar los armarios. Cuando empezó a sacar las ropas, de entre los pliegues caían en lluvia billetes de Banco y alhajas. La abuela se sintió verdaderamente atemorizada y mandó llamar a doña Manuela, que, al ver lo que pasaba, se echó a reír diciendo:

—¡Qué cosas tiene usted, doña Matilde! ¡Ni me acordaba de estas baratijas!

En Moralzarzal vivía también el ganadero don Vicente Martínez, que tenía en su finca una pequeña plaza de toros donde se herraba a los becerros. Para llegar hasta allí había que atravesar por en medio de la torada.

—Nos llevaban los hombres a la grupa de los caballos y a mi me tocó ir con Salvador—recuerda mi tía con cierto orgullo—. Hubo muchísimos invitados al tentadero y se celebró un convite soberbio. Recuerdo que uno de aquellos días en que se celebraba la fiesta, estábamos las cuatro niñas en nuestra habitación y de pronto se abrió la puerta y se nos presentó un becerriño. ¡Figúrate lo que ocurrió! Todas nosotras saltando por encima de las camas, y las personas mayores riéndose en la puerta... Por fin, Manolita, que no tenía miedo a nada, se puso a torearle con una sábana... ¡Cuánto disfrutábamos! ¡Si te Yuese a contar...

Por los ojos de mi tía veo desfilar el recuerdo de aquellos días de esplendor. —¡Qué cosas, hija! ¡Qué vida aquélla...

Aquella era la vida de los grandes toreros del siglo XIX.



EL DOMINGO,
EN SEVILLA

FESTIVAL TAURINO EN LA MAESTRANZA

Chicuelo, Niño de la Palma, Joselito Moreno,
Francisco Casado y Gallito

JUAN BELMONTE REJONEO UN TORO
Y ALCANZO UN GRAN TRIUNFO



SEVILLA 18 (Mencheta).—Se celebró el domingo, en la Plaza de Toros de la Maestranza, el anunciado festival taurino en beneficio del Ateneo, con un lleno imponente. Se lidiaron reses de distintas ganaderías para los diestros Juan Belmonte, que rejonea; Chicuelo, Niño de la Palma (padre), Joselito Moreno, que rejonea; Paquito Casado y Gallito.

Belmonte, en el primero, de Pérez de la Concha, obtuvo un gran triunfo. Clavó tres rejones magníficos. Colocó tres pares de banderillas formidables, y, pie a tierra, realizó una faena de muleta monumental, con pases de todas las marcas, para una estocada muy bien señalada: (Ovación, oreja, vuelta al ruedo y saludos.)

El segundo, de González, fué lidiado por Chicuelo, quien realizó una gran faena de muleta, con pases de todas las marcas, para un pinchazo bien señalado y otro que basta. (Ovación, vuelta al ruedo y salida.)

El tercero, de Calderón, correspondió al Niño de la Palma, quien tras una larga faena pinturera, y después de haber banderilleado con lucimiento, agarró una gran estocada. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

El rejoneador Pepe Moreno lidió un toro de la ganadería de Villamarta. Clavó tres rejones muy buenos y otros tres pares de banderillas magníficos. Como no acertó con el rejón de muerte, fué pasaportado por el novillero Pepe Hillo de una gran estocada. (Ovación y vuelta al ruedo del rejoneador y del novillero.)

El quinto toro, de la ganadería de los hermanos Cruz. Paquito Casado se lució con el capote. La insignificancia de la res quitó mérito a la faena. Mata de una estocada y media en su sitio. (Ovación y saludos desde el tercio.)

El sexto, perteneciente a la ganadería de Pellón, fué lidiado con una faena pinturera por Gallito, sonando la música. Mató de dos pinchazos y descabelló al primer golpe. (Gran ovación.)



Juan Belmonte rejoneó en Sevilla el domingo en la Plaza de la Maestranza, en el festival taurino organizado a beneficio del Ateneo de la capital andaluza alcanzando un gran triunfo en su brillante actuación, por lo que cortó la oreja

Con don Juan Sánchez en su finca de Valverde

DIVISA AZUL CELESTE Y VERDE



Don Juan Sánchez

De Levante llegan las nuevas de la gran corrida celebrada en Cieza con ganado del salmantino don Juan Sánchez, de Valverde. Ya sabemos que a don Juan no se se le encuentra fácilmente en cualquier café salmantino, donde se reúnen los ganaderos, y para cambiar con él impresiones había que ir a buscarle en su ambiente, en el campo, en su finca de Valverde.

Amablemente uno de los hijos de don Juan nos había citado a las diez de la mañana para conducirnos en su coche a la finca. Cuando llego puntual a la cita ya está esperando Delfín Val, crítico taurino de "El Adelanto", compañero también de excursión. Y el auto se pone en marcha.

Los kilómetros han pasado rápidos en animada conversación, cuando nos encontramos ante la magnífica casa de campo de Valverde. A la puerta ha salido don Juan Sánchez con sus familiares. La figura de este ganadero es la misma que nos hablamos forjado a través del retrato que cariñosamente nos había hecho su hijo: joven, a pesar de sus setenta años; fuerte, con el rostro bien curtido por los soles y los aires del campo.

Hemos recorrido la finca, que, comprada no hace mucho al duque de Medinaceli, ha sido mejorada y en gran parte cuidadosamente cercada.

—Usted, don Juan, siendo un veterano ganadero, ¿hace poco que se dedica al ganado de lidia?—le pregunto.

—No hace mucho tiempo todavía que compré ganado de Gamero Cívico.

—Sin embargo, ya ha dado esta temporada varias corridas.

—La primera fué una novillada en Zamora, con gran éxito. Luego, una novillada y otra de toros en Barcelona.

—¿Y ésta de Cieza, que ha resultado tan bravísima?

—Esas son las noticias. Además, ha coincidido con el primer encuentro en España de Manolete y Arruza. Como usted sabe, tanto el de Córdoba como el mejicano han tenido una tarde triunfal, cortando ambos las orejas, el rabo, y Arruza hasta las pafas.

—Así que está usted satisfecho de la corrida de Cieza.

—¡Figúrese!

—Buenos principios, don Juan.

Y cuando emprendemos el regreso a Salamanca, voy pensando en la figura de don Juan Sánchez, que habrá vuelto a su trajín y se lanzará de nuevo a recorrer de linde a linde su finca para regresar, al final de la jornada, a su casa, para verse rodeado de la admiración y cariño de los suyos, que comparten también el entusiasmo y la afición, y donde habrá encontrado seguramente, como dijo un poeta de estas tierras, la dicha más perfecta.

ROQUE SANZ



Las vacas entrando en el rodeo

LA LUCHA CON EL TORO-PADRE

Por J. HERNANDEZ-PETIT

Fue y será inolvidable aquel viaje a Plasencia con el charro viejo, vestido de calzón corto, chaleco con cinco onzas de oro por botones y un camión deshilado que debía de valer un disparate. Ya por la mañana llamó mi atención, recordada su figura a contraluz, tras uno de los ventanales del café Novelty, que, parcialmente, desde el diván donde me hallaba situado, daba vista a la Plaza Mayor, por donde Salamanca se asema al mundo. Ganaderos y toreros, señoritos, aficionados, maletillas y algún chalán adinerado mostraban ante mí, en la mañana larga y lluviosa, sus figuras claudicantes. Sólo el charro aquel, cano, arrugado, pálido, rasurado, tieso y limpio, entre toda la peña, llamó mi atención, por la apotura, que, aun sin hablar, desde la primera mirada, me obligó a concederle dignidad de señorío. La distancia a que me hallaba no me permitía oírle. Pero cuando rara vez hablaba, mientras él se conservaba erguido, parecía sobresalir aún más, ya que los otros se derrengaban del todo, mirándole absortos, concentrada la atención en el sentido del oído.

Debían de ser sentencias sus frases. Por eso, cuando—con la tercera campanada entré en la estación—le vi entre mis compañeros de viaje, me sentí de pronto contento de mi suerte.

Sin embargo, hasta que pasamos entre el Arapil grande y el chico, no me atreví a abordarle, y a fe que no le hicieron mucha gracia mis preguntas sobre los usos y costumbres de la ciudad monumental. Sus monosílabos dejáronme cortado como un colegial que en el examen no sabe ni «pá». Sólo, poco después de Siete Iglesias, cuando me interesé por las ganaderías de la tierra, fueron animándose paulatinamente su mirada y su verbo y pronto me sentí del todo náufrago en el mar que tan bien creía conocer por afición y por mi abono en la fila 3 del 9, desde hace muchos años. Efectivamente, dogmatizaba: «Si los toros nuestros tuvieran tanto poder como bravura, no habría caballos ni picadores para quebrantarlos». «El toro de lidia nace, como el poeta, pero también se hace, como vosotros los periodistas.» «Cuando Lagartijo el Magno fué encargado de elegir y comprar un toro-padre de raza andaluza, el archimillonario Carreros, don Juan Manuel Sánchez—subrayó enfático—, dijo mientras arrojaba la correita de su alzapón: «Compra lo mejor de lo mejor; mil duros más o menos no importan tratándose de toros.»

Nos habíamos quedado solos en el departamento y me di cuenta de que también yo envejecía, mirándole de abajo arriba. Él, pese a los vaivenes y triquitraques del desahogado tren de la línea del Oeste, era un roble, un hito, una torre inamovible, como las de su catedral vieja.

Una vez me habló de la operación de «clavar toros». Después de mi interrogación, y ante mi asombro, se sintió bonachón e indulgente:

—¡Pero, hombre de Dios! ¿No sabes qué es esto de clavar toros?... Mira: el charro cita el toro a cuerpo limpio. Para que entre, golpea a modo de pandero su mediavaca—se daba golpes pausados, resbaladizo, acariciantes, en su cinto de cuero curtido, de quince centímetros de ancho—. En ella lleva el charro cuatro chinarrros, que son piedras pequeñas—añadió—, por si no lo sabes. Cuando el toro derrota—y hablaba a buen seguro, más que el conocedor, el practicante—, se encuna, entregándose el charro. Un milímetro, un segundo mal calculado, y todo está perdido para siempre... Bueno; después de encunarse bien, el charro mancuerna al bicho, al estilo de los «homens forçados». Lucha y le dobla la cabeza por astucia y por riñones, hasta que logra derribarle. Ya los dos en el suelo, con una mano saca el charro los chinarrros, mientras que con la otra sujeta la cabeza del toro. Y, en fin, los va colocando entre las hendiduras de cada pazuña. Así, el toro no puede hacer fuerzas con las patas para sostenerse en pie. Se le ve mugir y espumear rabioso. ¡Está clavado!

En el transcurso de la conversación, no sé cómo, otra vez volvió a hablar de Carreros: «Uno de los ganaderos charros que más dinero tiene; el que más y mejor sabe su oficio entre todos los ganaderos españoles... Su casa de labor es un palacio con tal lujo que no lo pueden soñar los ricos a la madrileña... Si fuéramos camión de Portugal verías su rebaño de toros bravos y se te cansarían los ojos de mirar sus dominios...»

EDUARDO APARICIO Y SU LEYENDA

—Carreros—prosiguió—, además de tener muchos toros, muchas dehesas y muchos millones, tenía una hija rubia y delicada como las princesas de leyenda. Nadie podía verla. Pero como para el amor no hay barreras, la chica se casó con el charro de más fama...

Ya no estaba en el tren conmigo, pasado Guijuelo, camino de Plasencia. Bien lo veía. Vagaba con sus pensamientos en otros tiempos y por donde sólo Dios sabe. También su camión deshilado mostraba ahora una arruga, imperceptible, eso sí, que arrancaba en el botón de oro de filigrana portuguesa. Tenía entornados los ojos y abandonadas sus manos hercúleas y bellas, con surcos azules, sobre el ajustado calzón, negro y brillante. Pensé un momento: «¿Quién será?...» Pero, pese a todo, volvió a dominarme por completo con su voz, que me hablaba como un susurro, en las paredes del tren, o a compás de tanto choque y tanto ruido, para anularlos en mí y tenerme pendiente de sus propias palabras.

—Como digo, el marido de la hija de Carreros era guapo, alto, arrogante, fiero de ojos, alto de pecho, ancho de espaldas, hábil de garrocha: forzado... Eduardo Aparicio hizo tantas proezas con los toros, sobre todo a caballo, que tiene tejida una leyenda que le aureola y que nada envidia a la de Teseo, vencedor del Minotauro.

No pude menos de volver a preguntarme: «¿Qué y quién será este hombre?...» Pero no tuve tiempo de hacerme más reflexiones.

—Te contaré un par de cosas para que logres hacerte una idea.

Y tras una ligera pausa, en la que esbozó una sonrisa de orgullo, continuó:

—Eran las fiestas de Salamanca. La invasión de portugueses era... ¡como estas de guerra ahora, en que los de fuera se hacen los arros en un abrir y cerrar de ojos! La plaza, la calle de Toro, la de Zamora, la de la Rúa, el Mercado, el Teso, todo, todo estaba, más que lleno, abarrotado. Naturalmente, lo mismo sucedía en los hoteles. Sólo en el del Paseo había ochocientos portugueses, cuando llegó Aparicio, cubierto de polvo, a galope tendido, desde Carreros, que así se llama la dehesa donde está la ganadería. Se le dió habitación, ¡claro está!, y eso que, mejor dicho, se improvisó una en el cuarto de máquinas eléctricas. Tuvo que compartirla con un ministro del Gobierno de Portugal.

A media noche, quizá febril, víctima de una pesadilla, el charro se creía en la dehesa. Noctámbulo, se levantó y, agarrándose a los barrotes de la cama del ministro, comenzó a forcejear como si el lecho fuera un toro, para mancorrarle. Al instante le dió la vuelta, mientras gritaba el caballero portugués desahogadamente e iracundo; revolviéndose impotente ante el coloso. Acudieron, entre otros, varios compatriotas del ministro. Inútil. Aparicio, inconsciente y sonámbulo, derribaba a todos tan de prisa que pronto los ayes se convirtieron en clamor. Al fin, ya despierto, dió Aparicio caballerosa excusa. Por cierto que, pocos días después, el rey Don Carlos le condecoró con la más preciada insignia portuguesa... de atletismo.

Sonrió y rió abiertamente el charro viejo, y de pronto se puso serio. Creí, temí más bien por un instante, que se arrepintiera de su locuacidad. Pero, afortunadamente, mirándome con fijez, dijo:

—Esto es lo primero que he recordado. Creo yo que es gracioso y tiene un final de humor y de ironía portuguesa que a mí me place recordar, por contraposición a la rudeza, aun en su inconsciencia, del charro atleta.

Dándose cuenta de lo que hacía, una noche oscura del mes de noviembre, en que no había ni una estrella en el cielo ni un ser humano en el monte de Guinaldo, Aparicio montaba una yegua torca que el día antes no quiso vender en cien mil pesetas. De pronto el animal se paró en seco, crispándose y resoplando fuerte, enhiestas las orejas. Nada se vió durante el largo relámpago, y más fuerte que el trueno, aun lejos, se oyó un mugido. Aparicio presintió una res extraviada. «¿Será una vaca parida? ¿O será un toro-padre?...» Y pensó en el toro-padre, terror de los pastores y caminantes, que solía abandonar la camada, por trochas, veredas y aun por la carretera, en busca de amor o de enemigos, a falta de los cuales se despuntaba las defensas embistiendo a las encinas arrugadas, con edad de siglos.

Sin rasgarse una nube, percibió Aparicio, con todos los sentidos y uno más, que también el toro le adivinaba y le buscaba para matarle. Se dijo el caballista que sin garrocha era imposible «recibir» montado. ¡Y quería tanto a la yegua!... Echó pie a tierra y se puso delante de la Loca. Para atravesar al cornúpeto, con ademán rápido, se llevó los dedos a la boca, que emitió un silbido de reto. Ahora sí. Ya no cabía duda. Oyó el trotar y el galope en su busca. Ya con el oído bastaba: «Veinte, quince, diez, seis, dos pasos...» ¡Ya estás aquí! Entonces envió su luz de plata la luna curiosa. En el derrote, Aparicio se metió entre los cuernos.

—¡Loca! ¡Aparta!...

Muerta de miedo, la luna se apresuró a vestirse de luto, segura de la tragedia. Pero el titán resistía las acometidas brutales contra sus entrañas, que amortiguaba rechifnante la mediavaca.

—¡Derrota, perro, que ya eres mío, ladrón!... ¡Tienes duro el pesuezo!...

—¿Cómo se le ensanchaba el corazón por la alegría de la lucha, sin pensar que podía reventar de una puñalada en busca de otras cincuenta! Pero, no. El no perdía su equilibrio, que era su escudo, y los brazos fueron dos arcos tensos que podían romperse, pero que no abandonaban la presa. Casi quietos, sin respirar durante varios segundos, y, ¡al fin!, un ruido seco de desplome que hace crujir las carrascas y el ramaje. La lucha prosigue en tierra. Aparicio ha pedido pronto comprobar que no es una vaca su rival. La fiera, con cinco años por lo menos, brama. Más. Parece que insulta.

El acero tiene luz. Parece un rayo perdido, pero es un fulgor siniestro. Ahora, el resoplar es ronco. Parece que el toro-padre sueña junto a un arroyo alegre. La sangre mana a borbotón. Entonces, entre el encinar, camino del monte, se pierde el mugido que hace temblar a la manada, a todo bicho viviente y hasta a los pájaros despiertos sobre el ramaje, palpitantes de angustia.

—¡Tú te lo has querido, tonto! Y eso que merecías vivir por bravo...»

Sudoroso, jadeante aún, Aparicio monta en la Loca, que aun tirita; con los ojos grandes de asombro. Con la aurora entra en Guinaldo. Se descubren los hombres de campo. Las mujeres trenzan de la frente al pecho la señal de la cruz. Dos labriegos cuchichean: «¿Has visto?... El amo está empapado en sangre negra y gorda. El pelo de la Loca se ha teñido también de sangre.»

—¡Cielos!—dice el viejo tío Galán—. Mi amo, ¿de onde venía!

—De caza... De caza, tío Galán. Pero no cobré la pieza por no venir cargado...»

—No cabe duda: hemos llegado a Plasencia.

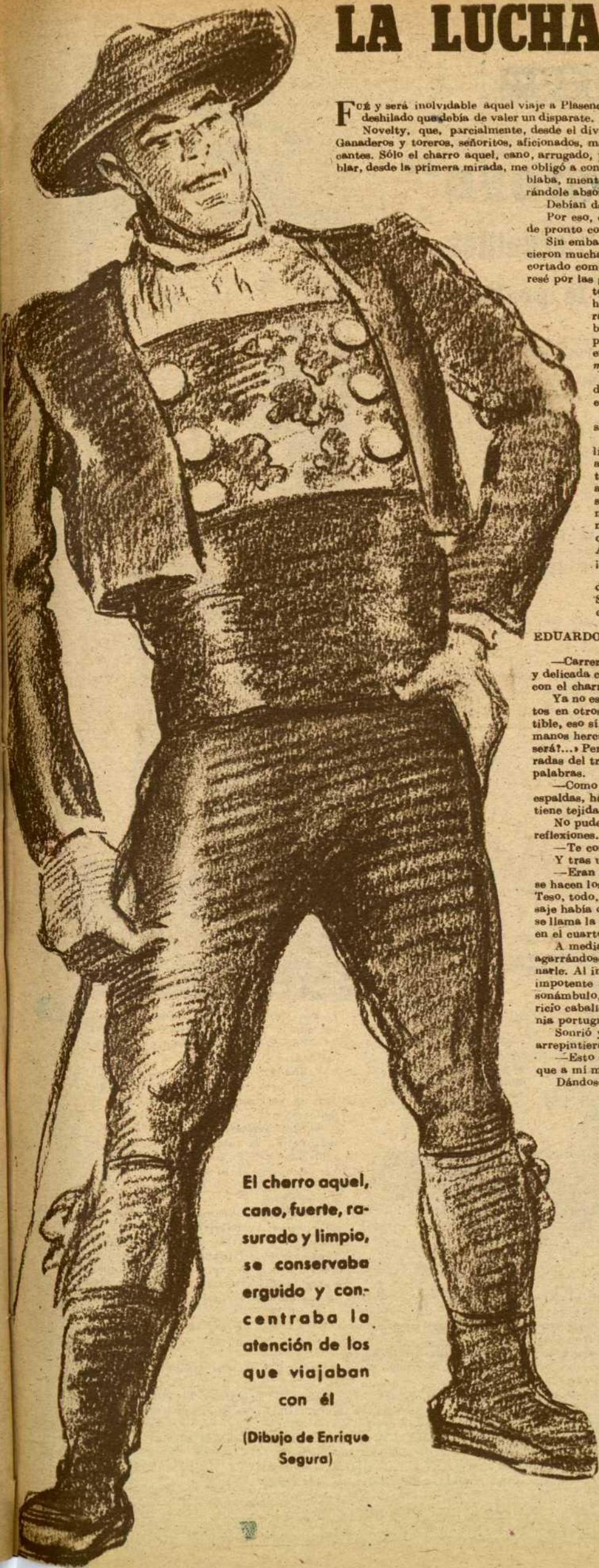
—¡Ya!—preguntó incrédulo.

Después de estrechar su mano, que aprisionó la mía como un juguete, quise saber de cierto quién era.

—¡Mi nombre!... ¿Qué más da? Yo no soy más que un charro.

El charro aquel, cano, fuerte, rasurado y limpio, se conservaba erguido y concentraba la atención de los que viajaban con él

(Dibujo de Enrique Segura)



UN REVISTERO "INEDITO"

GORITO, el "fantasioso"

"De Cervantes se reían, y hoy... es Cervantes..."

"Mi libro de memorias taurinas pasará a la posteridad"

Todos los veraneantes en San Sebastián conocen a Gregorio Gutiérrez Navas. Le conocen en Sevilla y en Zaragoza, en Málaga y en Salamanca, en Cádiz y en Valladolid. Donde haya una Plaza de toros y donde exista un aficionado a la clásica fiesta, habrá un admirador de Gorito.

En todas partes su popularidad le hizo adquirir carta de ciudadanía, menos en Madrid.

—A Madrid—nos dice Gorito—yo no he querido asomarme, porque en Madrid me harían la guerra.

—¿Por qué?

—Yo soy un intelectual taurino. Tropezaría con envidias y competencias. Y yo, en provincias, gano mi vida honradamente, mientras hago una labor literaria que alcanzará el reconocimiento debido. De Cervantes se reían los que no lo entendieron, y ahora le interpretan. Yo tengo el original de una carta de Unamuno a Asorín, que es mi consuelo. Cervantes se moría de hambre y hoy es... Cervantes.

—Es que Cervantes tuvo su duque de Rivas...

—Y yo tengo el mío: don Eduardo Pagés y más Pagés.

Gorito Gutiérrez habla por los codos. Su presentación, hecha por él, ocuparía más espacio del que disponemos. Vamos a presentarle nosotros.

Gorito es uno de los incontables individuos que viven de los toros sin haber toreado nunca.

Era herrador en su pueblo, pero el trabajo le molestaba. Se dedicó a vender ampliaciones fotográficas.

Le gustaban los toros. Un día, en Valladolid, estaba a la puerta de la taquilla de toros. La mañana estaba lluviosa, cuando Gorito se encontró a Pagés.

—Don Eduardo, si me regala usted una entrada, no llueve.

—Toma dos.

Al mediodía el tiempo era espléndido. Pagés, supersticioso como nadie, buscó por todo Valladolid a Gorito. Lo encontró echando un spicolabias y le hizo un contrato;

—Desde hoy vienes a todas las Plazas donde yo celebre corridas.

Aquel día el escalafón de los parásitos taurinos se enriqueció con un nuevo afiliado.

Gorito no ha perdido una feria desde entonces. Por gusto, que ha convertido en obligación, comenzó a escribir revistas de toros. Unas revistas inéditas que no se publican en ninguna parte, pero que él colecciona en cerca de un



El popular Gorito en San Sebastián. En las fotos: Posando para EL RUEDO. Junto a un lujoso automóvil, de los muchos que "toma" para ir a la Plaza y escribiendo sus ya célebres Memorias taurinas, de las que dice pasarán a la posteridad y harán ricos a sus herederos (Foto Marín.)



centenar de gruesos volúmenes manuscritos con la más endiablada de las letras.

—Yo escribo para Pagés y para la posteridad.

Y añade:

—En esto resulto más modesto que quienes pretenden escribir para miles de lectores, ¿no es eso?

Gorito, revistero de cámara, no admite más sueldo ni subvenciones que las establecidas por Pagés. Pero a la gente le ha dado por enriquecerle.

—A ver, Gorito—suelen decirle: léenos el libro.

Y Gorito lee incansablemente sus lubricaciones arbitrarias y magníficas. Le entregan donativos que él se cuida de consignar en el libro, estableciendo un nuevo orden de monedas. A los cinco duros le llama un rataplín; a los diez

duros, «medio rataplán». A los veinte duros, «un rataplán». A las quinientas pesetas, «un raspután», y a las mil, «un raspután».

Durante los meses de verano, Pagés le paga un «raspután». La mayoría de los toreros y ganaderos le entregan «rataplines» y «rataplanes».

Y Gorito se entrega a la vida más holgada y espléndida.

De su veraneo en San Sebastián, Marín ha hecho muchas fotografías que los aficionados a toros adquieren en gran cantidad.

Gorito, en la terraza de un café, escribe diariamente sus revistas y Memorias. No falta un buen coche que le lleva de paseo. Y en la playa de la Concha, su figura desmedrada se acerca a las olas sin abandonar jamás esa cartera en la que va el libro diario. El tomo que trae entre manos y que hace el número ciento y pico de los que lleva escritos desde hace muchos años.

—Por estos libros—dice—me han ofrecido muchos miles de pesetas. No los venderé nunca y mis herederos se encargarán de que cimenten mi fama.

La verdad es que, como cimientos, no pueden ser más sólidos...

Antes de empezar la faena

Por FELIPE SASSONE

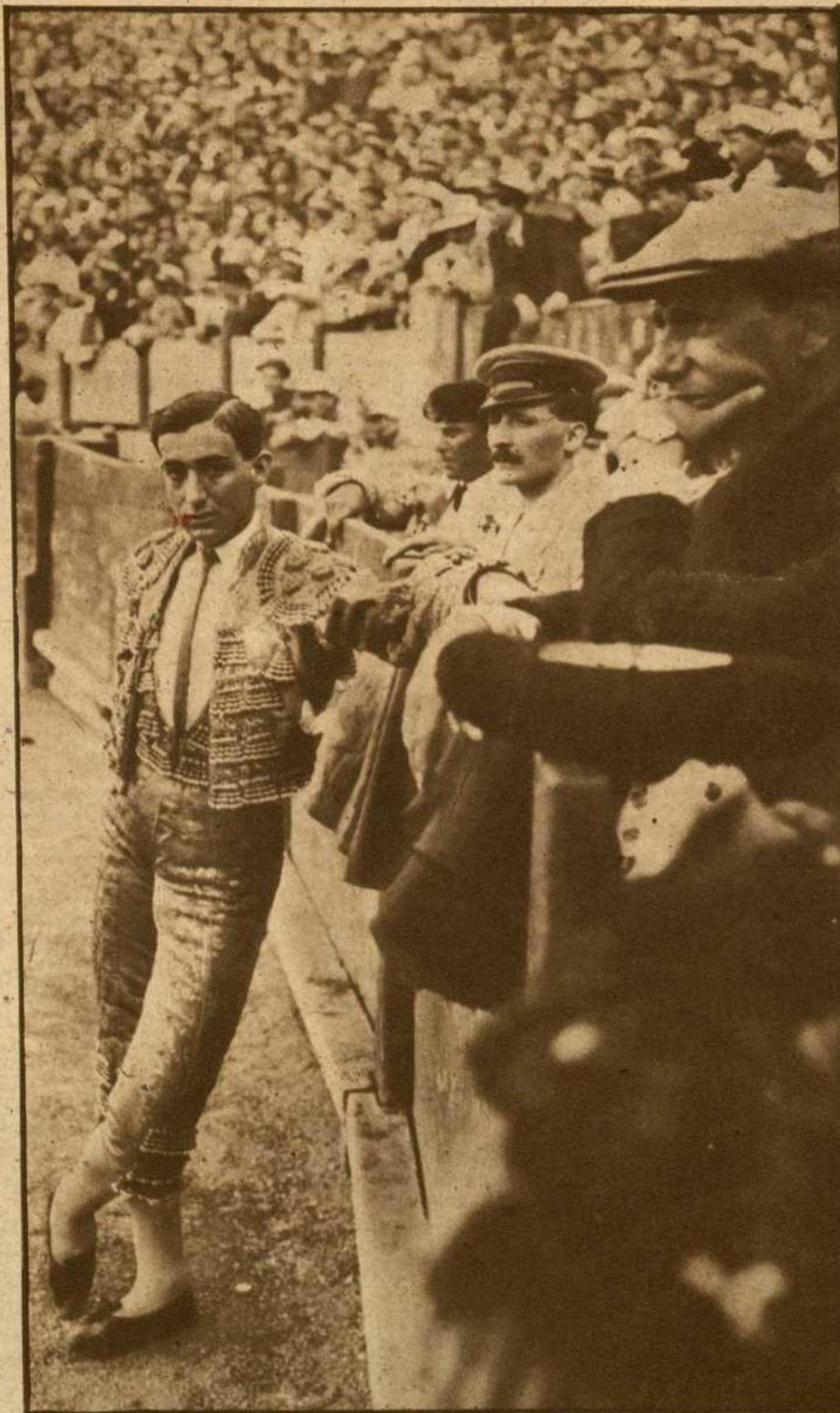


El matador que no ha banderilleado su toro ha mirado atentamente cómo lo parecaban sus peones. Pero más que en esto, se ha fijado en el toro, en lo que hacia el toro, pronóstico, más o menos seguro,

de lo que podría hacer después ante la muleta. Ha comprobado la extensión y la velocidad de sus arrancadas; la dirección, recta o cortando el terreno de sus viajes; si derrotaba o si tiraba hachazos; si tenía suelta o ahormada la cabeza; si humillaba o se defendía; si se quedaba, reservón, esperando, o si pasaba franco... Todo ello para preparar el plan de la faena, que no se puede traer hecha desde la fonda, y que a lo mejor urge cambiar en absoluto a los primeros pases. Porque algunos toros, los más, suelen cambiar continuamente durante la lidia.

Cuando suena el clarín, el matador, que en algunas ocasiones ha salido al tercio a cuerpo limpio, para manifestar su impaciencia a los banderilleros, que a lo mejor, en vez de parcar, han puesto los palos de uno en uno según los vistieron en la fábrica, vuelve a los estochos a recoger del mozo de espadas las armas torcidas. El mozo de estochos cambia con él impresiones en secreto y le da algunos consejos y un vasito de agua para que humedezca y refresque las fauces, que habrán de secarse luego por la agitación o por el miedo. El matador mira en torno, consulta la atmósfera, por si sopla viento y se hace falta la muleta forrada, y en seguida da «la muerte» al estoque. «Dar la muerte» consiste en curvar moderadamente el acero por el último tercio, porque una espada derecha puede dar lugar a que resbale la estocada, y marre, y no pinche, con grave peligro de que el matador caiga sobre los cuernos indefenso. Además, la hoja curvada se cuele mejor por los «encuentros» y cala más fácilmente, sin tropezar, por entre la armazón de costillas del bruto. No ha de herir con el acero de filo, sino de plano—¡qué trabajo me cuesta explicarlo!—, porque así hace más daño y agranda la herida, y ha de procurar que el estoque, entrando por el hoyo de las agujas—«la cruz, las péndolas, los rubios», que de

todas estas maneras se llama el sitio—, vaya en dirección oblicua, sin atravesarse a ningún lado, a llevar la punta al mediastino, y para todo eso ayudá el acero ligeramente curvo. Se entretiene, pues, apoyando el estoque en la valla para curvarlo sobre la tabla, y luego... Luego casi nunca va a buscar al toro, sino que pide a los peones que se lo corran al tercio, muy cerca de las tablas, para empezar el trasteo con el inevitable ayudado. Digo de paso que esta iniciación de faena—«la estatua



Joselito esperando en la barrera el momento de cambiar el tercio de banderillas para empezar la faena de muleta

que torea por alto— es una rutina; digo también que en todos los preparativos del matador hubo no poco de remoloneo, para dar tiempo, entre el toque fatal del clarín y el momento de empezar la faena, a cobrar ánimo y decisión.

Tiempo ha, en cierta plaza de toros, en un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme, acompañaba yo a cierto matador, en calidad de amigo y consejero—¡capricho del pobre hombre!—, y como al darle los avios le vi pálida la tez y torcido el gesto, le pregunté indiscretamente:—¿Vas preocupado?

—No voy a ningún baile de máscaras—me respondió desabrido.

Y en verdad quedé de tal suerte que hubieran podido darle el premio de máscaras a pie.

Pues bien, lector queridísimo: a mí me está pasando tres cuartos de lo mismo, pues antes de entrar de lleno en la materia me entretengo en disquisiciones, que por lo inútiles no merecen tal nombre, siendo la verdad que no quiero comenzar la faena con el ayudado por alto y no sé cómo empezarla. ¡Me voy al toro solito, paso a paso, a buscarlo donde esté, llevando la muleta plegada en la mano izquierda! ¡Caramba, es mucho pedir! ¡Iniciaré el trasteo con la mano derecha, muleta y estoque en ella, presentando, encorvado, el pico del trapo, con todas las precauciones del llamado pase de tanteo!

—¡Al toro, al toro!—oigo gritar con impaciencia a un aficionado severo.

—¡Ya voy, señor! Es decir, aguarde usted un poquito. Me lo van a traer. A lo mejor, advierto que el bicho tiene tendencia hacia afuera y que al hilo de las tablas va a correr sin fijarse casi en mí, atento al trapo agrandado con el estoque, que a él le parecerá que va a volar, y así podré sentarme en el estribo y dar dos o tres mantazos por alto, y mientras sólo veintidós espectadores caerán en la cuenta de que soy un mañerueto, veintidós mil novecientos setenta y ocho jurarán que soy un temerario. ¡Ole, ole, ole!, gritarán en el tendido. Convengo que habrá en ello exposición; pero eso no es el toreo, y yo no me avengo a esta farsa por valiente que sea. Déjeme pensar un ratito el lector por dónde empezar esta faena. Primero hay que hablar de la muleta, como cosa necesaria y útil; después la estudiaremos como adorno. Primero, la eficacia; después, la belleza. Hablaremos de recoger, de ahormar, de dominar, y luego trataremos de los clásicos pases naturales y de pecho, y también —¡cómo no!— de molinetes, pases de espaldas, afarolados, chinelinas a dos manos como si se lanceara de capa, y todo ese toreo «giratorio» y de «ventilación», para espantar moscas y cazar incautos. La faena va a ser larga. Pero me chillarían más fuerte si entrase a matar en seguida; porque por más que el toro no tenga ya ni un pase y esté pidiendo que lo maten y junte las patas y descubra el morrillo entregado, lo que importa es torear..., o hacer que toreamos, aunque al fin y a la postre sea el toro el que toree.

EL JUEVES, EN CEHEGIN

Seis de GALACHE para DOMINGO ORTEGA, MANOLETE y PEPIN MARTIN VAZQUEZ



Manolete, Martín Vázquez y Ortega antes de comenzar la corrida



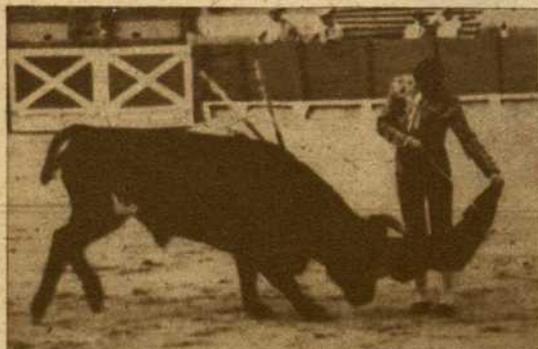
Pepín Martín Vázquez y Manolete en el callejón



Domingo Ortega lanceando de capa



Manuel Rodríguez toreando por naturales



Pepín Martín Vázquez pasando de muleta (Fotos López.)

DE LOS RECUERDOS DE UN GRAN MADRILEÑO

La fiesta de toros en las Memorias de MESONERO ROMANOS

Por Mariano Rodríguez de Rivas



Don Ramón Mesonero Romanos



El cronista madrileño estaba demasiado ocupado en la vigilancia de su ciudad, en la rebusca de viejos documentos, en la observación de las eternas reformas. Mesonero Romanos no acude en sus *Memorias de un setentón* a este recuerdo de la pequeña e íntima diversión, casi esta distracción cotidiana sin perspectiva, pues todo en la evocación ha de tener su punto trascendente.

Es el caso que en las *Memorias de Mesonero* hay que buscar con paciencia la referencia a la fiesta nacional, y cuando este dato llega, que no se escape en la línea siguiente, incluido en la revuelta popular o en la trinchera de la guerra civil.

Y el cronista tenía motivos para que su afición fuese inteligente. En la página 129 (tomo I, edición de 1881) nos señala el detalle de que su padre era el encargado de la contrata de toreros para las corridas de feria de Salamanca. Y esto no era problema baladí. Mesonero indica las luchas que se establecían a la hora de firmar, pues los toreros románticos eran muy temerosos del público salmantino, que les excitaba y exigía muchísimo. Y, por otra parte, su recelo a la bravura de los toros de Peñaranda. El cronista acude a una de estas corridas, en la que contempla una aparatosa cogida de Curro Guillén. Mesonero, escritor de minucia, no desciende a detalles, y la estampa pasa en la sola anécdota, bien narrada, pero sin lujos de información.

Con más íntima complacencia, pues aquí la política se incluye, recuerda una corrida celebrada en Tamames en honor del guerrillero Julián Sánchez (de cuya pericia y valor se han hecho lenguas los tratadistas ingleses de nuestra guerra de la Independencia), del que se cantaba:

*Cuando don Julián Sánchez
monta a caballo,
se dicen los franceses:
«Ya viene el diablo».*

Era, pues, el hombre impaciente con el que tenía que ocurrir esta cosa; en el pueblo deciden—1818—dar una corrida en su honor. Y hete aquí que el matador no consigue rematar al toro. Lenta desesperación del guerrillero, que ordena, con voz acostumbrada al menester, que el bicho sea fusilado. A su orden de mando, entre una algarabía espantosa, salen docenas de tiros de todos los lugares de la Plaza. La orden ha sido cumplida por esos espectadores que, época de milicia y de lucha, estaban con su arma contemplando la fiesta.

Fronte a esta estampa de desgarro, Mesonero sitúa otra de placitud de la vida madrileña en el 1816. Con la tranquilidad retornan las diversiones y las corridas enteras de catorce toros todos los lunes por la mañana y tarde. (Página 180, tomo I.)

Más adelante también habrá de hacer el canto del alcalde Pontejos, hombre que levantó un tanto el aspecto de la Villa y Corte, y recoge: «Por aquel tiempo decía un célebre periódico inglés que en España sólo tres personas cumplían con su obligación: el caudillo Cabrera, el torero Montes y el marqués de Pontejos, corregidor de Madrid.»

De esta manera se le cuele en sus *Memorias* el nombre de un torero al que vuelve a hacer referencia en el tomo II (página 118 de la edición de 1881), cuando trata de la jura como princesa de Asturias de Isabel II, y dice así, refiriéndose a los festejos: «Las corridas de toros por mañana y tarde duraron cuatro días, en la plaza Mayor, decorada con asombroso lujo y elegancia dispuestos por el Ayuntamiento con todos los requisitos propios de caballeros en plaza, apadrinados por la Grandeza y la Villa de Madrid; comparas vistosas acompañando a los padrinos; toros de las mejores ganaderías: los lidiadores más acreditados, entre los cuales brilló, acaso por primera vez, el joven Francisco Montes, alumno de la escuela sevillana.»

En un último dato manifiéstase Mesonero no muy partidario de la Fiesta Nacional, o, por lo menos, sin el suficiente apasionamiento para proceder a una petición, a fuer de razonable, que exigía cierta independencia de juicio. Es una solicitud que hace, entre otras, para la mejora de la vida urbana de Madrid. Mesonero pide que se suspendan las corridas en los días laborables, eliminando así los famosos lunes, que tanta tradición y tantas cosas representaban en la divertida y ociosa vida española.

Estos son los recuerdos de un gran madrileño en sus *Memorias*. Pero en sus otras obras literarias dedicó mayor atención a nuestra primera fiesta. Y léase para deleite el completísimo cuadro que bajo el título de «Un día de toros» publicó en sus conocidas «Escenas madrilenas». La agudeza y el típico acopio de datos del cronista logran una estampa del mayor atractivo y conocimiento.



LOS VIEJOS DEL RUEDO



**Don Antonio López San Miguel,
pagador del personal de la Plaza
y de los servicios**

**Es la figura más popular,
no sólo entre los elementos
que de él dependen, sino
de la barriada de las Ventas**

NADIE diría que este buen don Antonio López San Miguel, tan menudo y jovial siempre, fuera capaz de desarrollar tal cúmulo de extraordinarias actividades como son las que a su competencia conciernen. El dinamismo y la buena voluntad de trabajo de este hombre están fuera de todo cálculo. Lo mismo se le ve en Madrid que en Valencia o en Sevilla, y todo en el término de unas horas, pues por el cargo que ocupa no puede ser mucho el tiempo que esté ausente de la Plaza madrileña, donde, después de todo, es el sitio en que él más a gusto se encuentra. Inherente a su cargo de pagador del personal de la Plaza y demás servicios, lleva el de auxiliar de la Secretaría de la Empresa, y con esto queda dicho lo que le corre por la manga al bueno de don Antonio, como cariñosamente le llaman los subordinados y amigos, que son tantos como habitantes hay en la barriada de las Ventas.

Los habituales al ruedo madrileño no pueden desconocer la figura inconfundible de este hombre menudo que discurre por el callejón en plena corrida distribuyendo dinero a los empleados de la Plaza, y no pueden desconocerlo porque ese «mono» que viste don Antonio para el desempeño de sus funciones no es fácil tropezárselo en otra parte, y mucho menos ese bastón que él exhibe orgullosamente con una magnífica cabeza de perro por puño, labrada nada menos que por don Mariano Benlliure. Este detalle pasaría inadvertido si no fuera porque San Miguel, mientras paga, coloca su cigarrillo en la boca del perro, y entonces el espectador intrigado acaba por darse cuenta de todo...

—¿Cuánto tiempo lleva usted desempeñando estos menesteres?—preguntamos a don Antonio, aprovechando una pausa en sus correrías.

—Vinculado a la Secretaría de la Empresa, como secretario del difunto don Fernando Jardón, llevo actuando desde el año 1925. Posteriormente tuve que encargarme también del pago del personal y servicios, y en todo ese tiempo no he dejado de trabajar como si no pasaran los años y sin aparentar nunca la más leve señal de cansancio o negligencia.

—¿Cuáles son los servicios que paga usted?

—En el mismo callejón, los de la Plaza, que son: enfermería, banda de música, reconocimiento de puyas, servicio de banderillas, limpieza, electricidad y veterinaria; y en la Administración, a los seis inspectores que hay para que, a su vez, paguen al personal restante.

—¿Siempre fué esta la norma de pago al personal?

—No, señor. Esta es una mejora introducida hace pocos años, pues antes los empleados tenían que acudir, después de la corrida, a los lugares designados para hacer efectivos sus haberes, y esto, sobre otros muchos inconvenientes que tenía, nos hacía a todos perder un tiempo precioso que necesitábamos para otras muchas cosas.

—¿Qué personal hay en la Plaza?

—Con arreglo a la nómina completa, el siguiente: tres timbaleros, dos alguacillos, trece carpinteros, dos chulos para abrir el toril y servir las banderillas, un jefe de personal, seis inspectores, treinta recibidores de puertas exteriores, dos celadores de barrera, diez recibidores de puertas interiores, del redondel y enfermería, cuarenta recibidores en los veinte tendidos—altos y bajos—, ciento veinte acomodadores de tendidos, dieciséis recibidores en las ocho gradas, veintidós acomodadores en las gradas, cuatro recibidores en los palcos, veinte recibidores en las diez andanadas, treinta acomodadores en las diez andanadas, nueve areneros, dos bomberos y dos vigilantes de puertas.

—¿A qué cantidad asciende el importe de estos servicios por corrida?

—A unas 3.500 pesetas.

—¿Qué opina usted de la fiesta de toros?

—Me parece de una belleza incomparable, y, por española, debe existir siempre.

—¿Ha intentado usted alguna vez torear?

—Como sevillano que soy, asistí de muchacho a una venta taurina, allá en mi tierra. Mi propósito era ejercitarme en el toreo para ver si llegaba a fenómeno, pero no llegué a tiempo y me quedé sin torear. Ahora, lo que es como afición, no creo que haya quien me gane.

San Miguel nos habla ahora de otras funciones de su competencia, unas más entre las muchas que tiene que resolver personalmente:

—Por las mañanas—dice—, los días de corrida, tengo que asistir a los apartados de los toros, cumplir los avisos que fija la Empresa reglamentariamente, tales como sustitución de toros o lidiadores o suspensión del espectáculo y liquidar la recaudación.

—¿Tiene usted algún ídolo entre los toreros?

—Lo fué para mí en su tiempo uno de los más grandes que ha habido: Joaquín Navarro, Quinito. Pero yo, indistintamente, admiro a todos los toreros. A Belmonte, padre, y a Gallito, los he jugado siempre geniales. No cabe duda que eran los toreros de la emoción, sólo que yo los diferenciaba diciendo que a Gallito se le tocaban las palmas sentado, y a Belmonte o no se le tocaban o se le tocaban de pie.

—Pero, ¿y ahora?

—Entre estos y aquellos ha habido un Chicuelo magnífico, tan magnífico, que una tarde—es la faena de torero más emocionante que he presenciado en mi vida—le dió a su enemigo treinta y dos naturales en tres series, en mitad del ruedo, que hizo enloquecer a los espectadores. La cosa no era para menos, y de ello guardarán un recuerdo perdurable todos los que tuvieron la fortuna de asistir a aquel espectáculo culminante y sin par en los fastos taurómáquicos del ruedo madrileño. Le digo a usted que de aquella Plaza vieja podría escribirse una historia taurina portentosa.

Por si le faltaba alguna preocupación, López San Miguel acaba de echar sobre sus hombros el apoderamiento de uno de los más jóvenes y valientes toreros mejicanos que se han revelado esta temporada en el ruedo madrileño.

—No necesitaba ya más que esto—aclara jovialmente—para acabar de volverme loco. Ahora tendré que ir y venir con el niño de un lado para otro, pero estoy contento, pues estoy seguro de que este mejicano acabará por imponerse en España, que es, por otra parte, la ilusión más grande de su vida. Y también, desde ahora, la mía.

La figura menudo del pagador se rebulle ahora dentro de su «mono» inconfundible, evocando una escena de las muchas que ha vivido dentro del ambiente taurino.

—Verá usted—accede a nuestro requerimiento para que nos refiera una anécdota—, hace de esto bastantes años. Se celebraba en uno de los mejores hoteles de Madrid una Junta mixta de ganaderos y empresarios. Yo tuve que asistir con don Fernando Jardón. Era la primera vez en mi vida que bebía cóctel y... me hizo daño. Me salí como pude a la puerta del hotel y pedí un coche con urgencia para que me llevase a mi casa. Sólo había un coche que había pedido al Aéreo-Club el duque de Veragua. Los criados, que nada sabían, me metieron en el coche y le hicieron al cochero que me llevase a mi casa. El cochero me había tomado por el duque y cuando me dejó se fué tranquilamente a descansar. No le digo la que se armó cuando salió el duque y se encontró con que su coche se lo había llevado otro señor desconocido... El intrínsculo estuvo en qué hacía una noche de perros, era ya casi de día, el duque vivía muy tejos y no encontró coche que le llevara a su casa... A la mañana siguiente yo me di cuenta de que me había llevado, equivocadamente, el sombrero de un empresario de Valencia—don Juan Beta—, que se me calaba hasta los hombros. Y aunque todavía no estaba de moda el sismobromismo, yo tuve que ir todo aquel día con el sombrero en la mano.—JUAN DE ALCARAZ

EL JUEVES, EN CEHEGIN

**Seis de GALACHE para
DOMINGO ORTEGA,
MANOLETE y PEPIN
MARTIN VAZQUEZ**

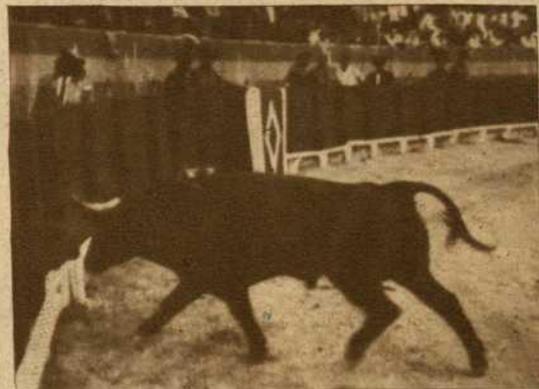


Manolete brindando

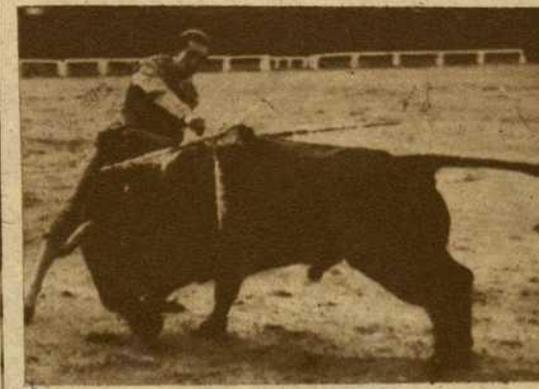
Pepín M. Vázquez



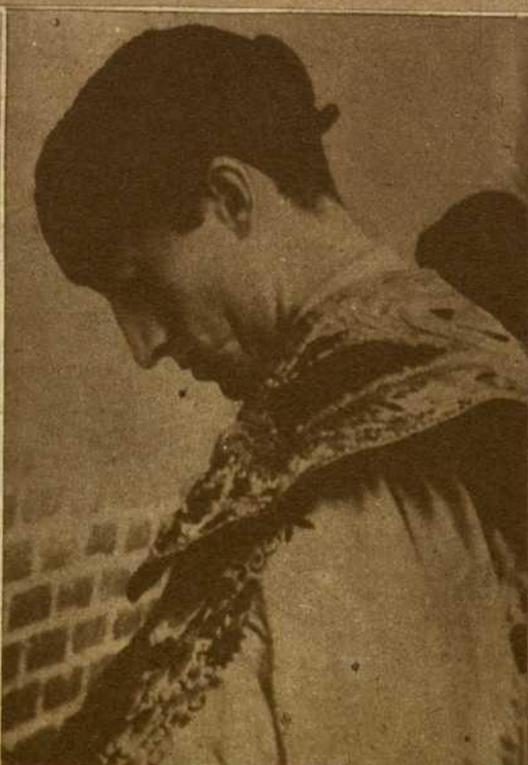
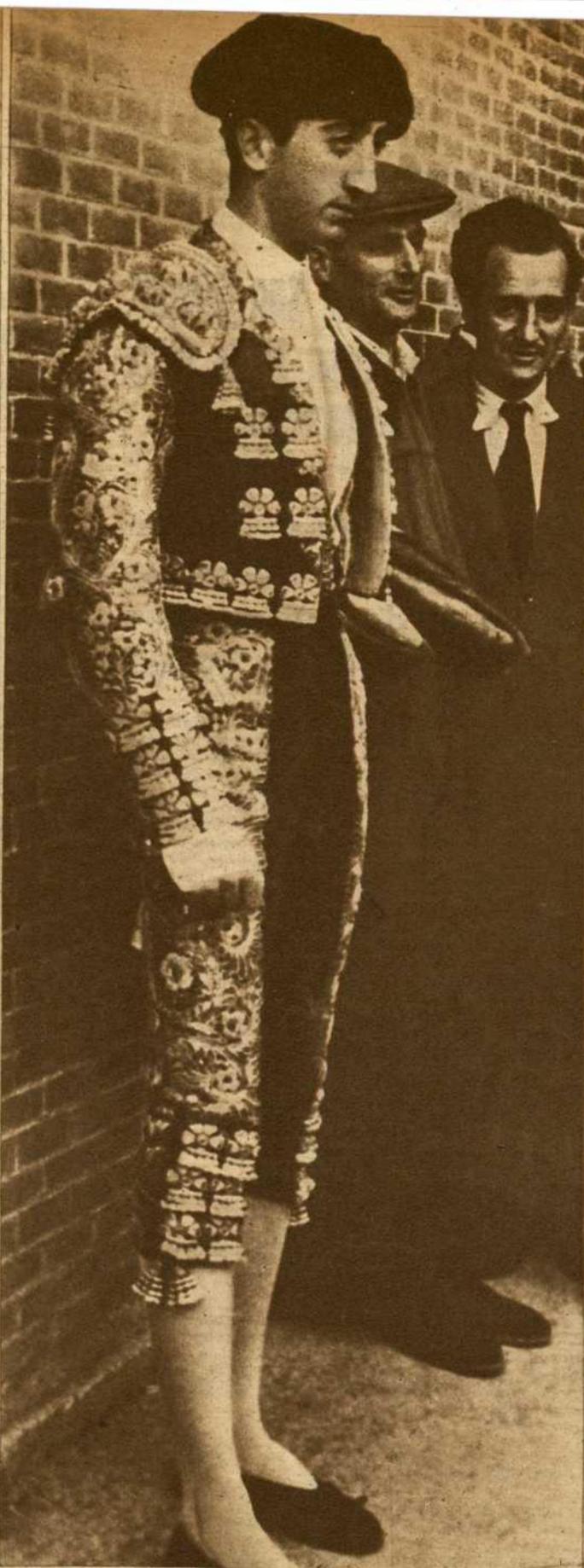
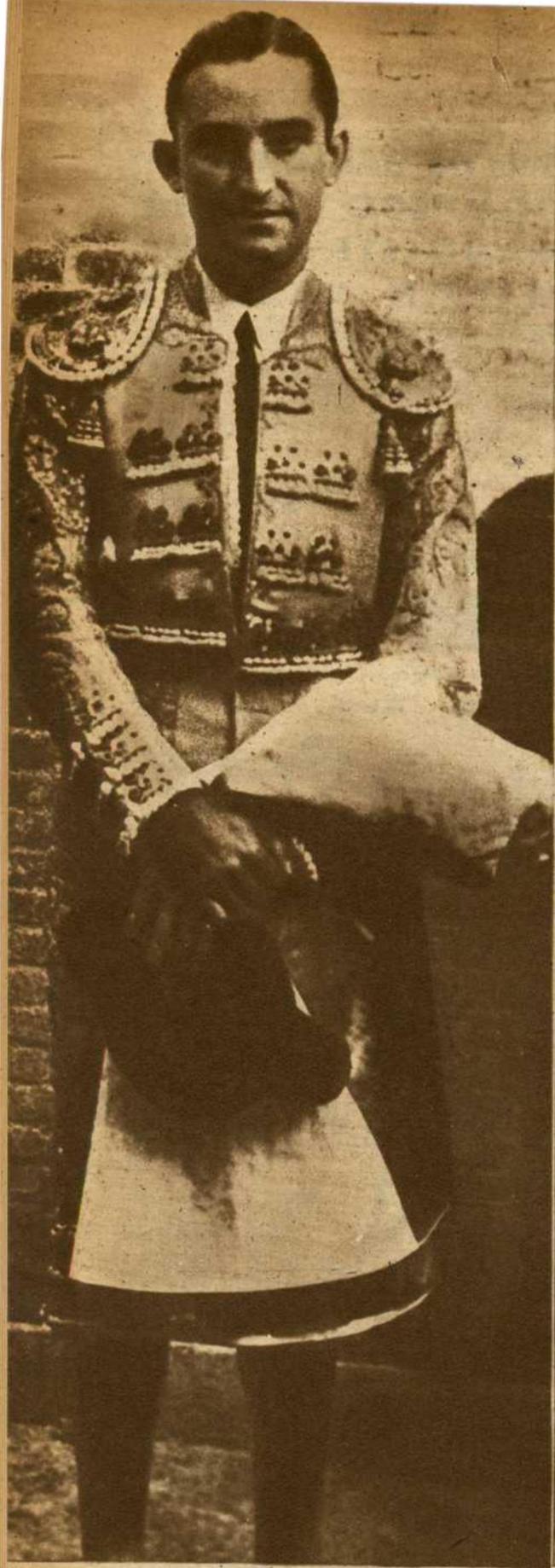
Manolete y Ortega siguen con todo interés la muerte del quinto toro, que salió ciego, y de la que se encargó Pinturas



El segundo toro de Manolete, que era ciego, topándose contra la barrera



Manolete dando un estoconazo a uno de sus toros (Fotos López.)



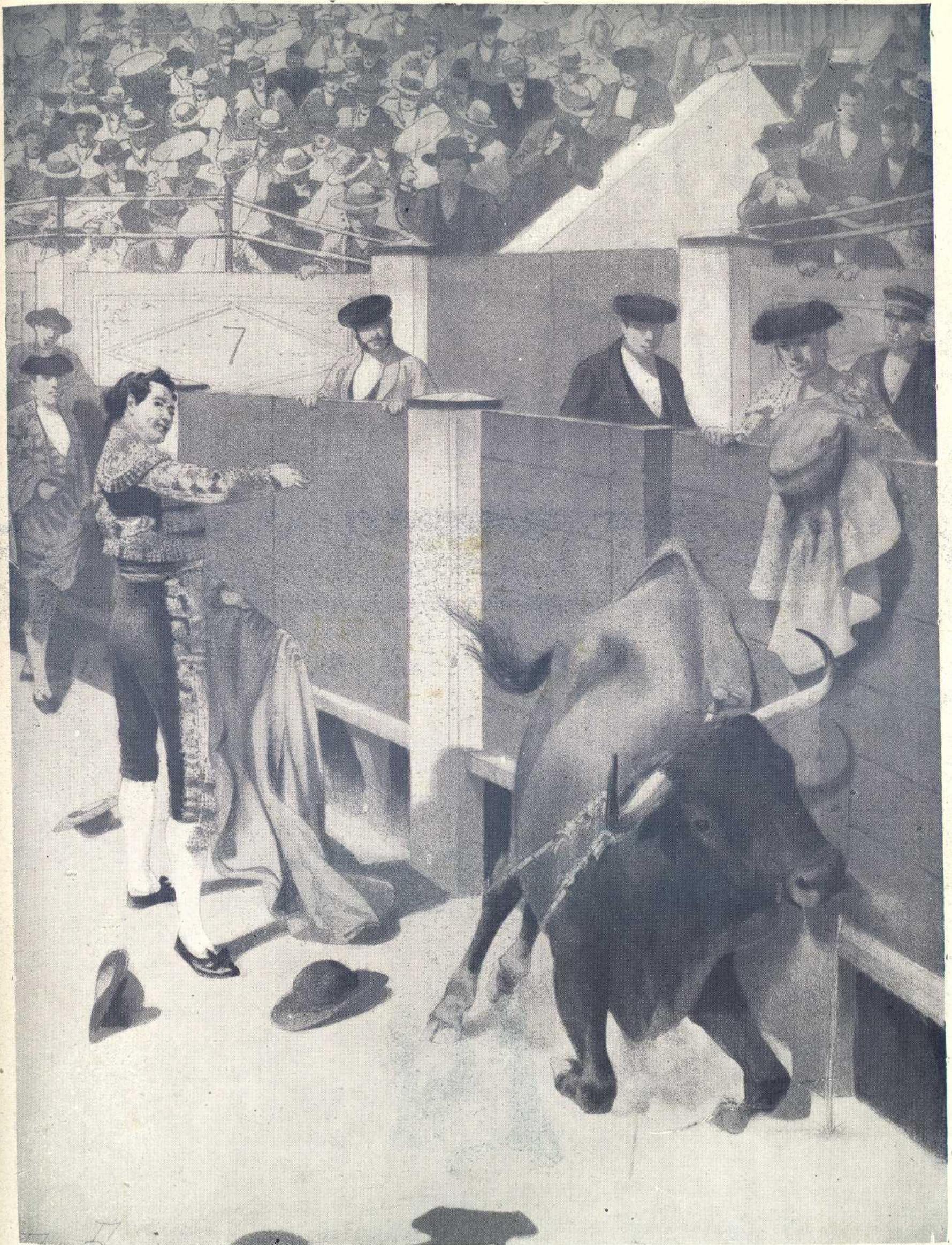
**CARTEL
DEL VIERNES
EN MADRID**

—
CUATRO DE
ANTONIO PEREZ, Y
DOS DE MONTALVO

—
BELMONTE
—
MANOLETE

—
Antonio BIENVENIDA

—
Los matadores antes
de empezar la corrida



El Tato, después de un volapié

(Dibujo de Perea.)



Después de una gran faena. Corrida de toros en Murcia en 1884

(Dibujo de Perea.)